L A I G L E S I A

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Tarifa Postal Reducida Nº 379 de la Administración Postal Nacional

Editorial Lumen Christi. — Bogotá.

Año LXII — Enero, Febrero, Marzo y Abril de 1968 — Nos. 922, 923, 924 y 925

CURIA ROMANA

DOCUMENTOS DEL ROMANO PONTIFICE

I

MENSAJE PARA LA CELEBRACION DEL DIA DE LA PAZ

Nos dirigimos a todos los hombres de buena voluntad para exhortarlos a celebrar el Día de la Paz en todo el mundo el primer día del año civil, 1º de enero de 1968. Sería nuestro deseo que después, cada año, esta celebración se repitiese como presagio y como promesa, al principio del calendario, que mide y describe el camino de la vida en el tiempo, de que sea la paz, con su justo y benéfico equilibrio, la que domine el desarrollo de la historia futura.

Nos pensamos que esta propuesta interprete las aspiraciones de los pueblos, de sus gobernantes, de las entidades internacionales que intentan conservar la paz en el mundo, de las instituciones religiosas, tan interesadas en promover la paz; de los movimientos culturales, políticos y sociales que hacen de la paz su ideal; de la juventud —en quien es más viva la perspicacia de los nuevos caminos de la civilización, necesariamente orientados hacia un pacífico desarrollo—; de los hombres sabios, que ven cuán necesaria sea hoy la paz y al mismo tiempo cuán amenazada está.

La proposición de dedicar a la paz el primer día del año nuevo no intenta calificarse como exclusivamente nuestra, religiosa; es decir, católica; querría encontrar la adhesión de todos los amigos de la paz, como si fuese iniciativa suya propia, y expresarse en formas diversas, correspondientes al carácter particular de cuantos advierten cuán hermosa e importante es la armonía de todas las voces en el mundo para la exaltación de este primer bien, que es la paz, en el múltiple concierto de la humanidad moderna.

La Iglesia católica, con intención de servicio y de ejemplo, quiere sim-

plemente "lanzar la idea", con la esperanza de que alcance no solo el más amplio asentimiento del mundo civil, sino que tal idea encuentre en todas partes múltiples promotores, hábiles y capaces de expresar en la Jornada de la Paz, que ha de celebrarse al principio de cada nuevo año, aquel sincero y fuerte carácter de humanidad consciente y redimida de sus tristes y funestos conflictos bélicos, que sepa dar a la historia del mundo un desarrollo ordenado y civil más feliz.

La Iglesia católica procurará llamar a sus fieles a celebrar "la jornada de la paz" con las expresiones religiosas y morales de la fe cristiana; pero considera necesario recordar a todos aquellos que querrán compartir la oportunidad de tal "jornada" algunos puntos que deben caracterizarla; y primero entre ellos: la necesidad de defender la paz frente a los peligros que siempre la amenazan: el peligro de supervivencia de los egoísmos en las relaciones entre las naciones; el peligro de las violencias a que algunos pueblos pueden dejarse arrastrar por la desesperación al no ver reconocido y respetado su derecho a la vida y a la dignidad humana; el peligro, hoy tremendamente acrecentado, del recurso a los terribles armamentos exterminadores de los que algunas potencias disponen, empleando en ello enormes medios financieros, cuyo dispendio es motivo de penosa reflexión ante las graves necesidades que afligen el desarrollo de tantos otros pueblos; el peligro de creer que las controversias internacionales no se pueden resolver por los caminos de la razón, es decir, de las negociaciones fundadas en el derecho, la justicia, la equidad, sino solo por los de las fuerzas espantosas y mortíferas.

Una nueva pedagogía y una nueva mentalidad

La paz se funda subjetivamente sobre un nuevo espíritu que debe animar la convivencia de los pueblos, una nueva mentalidad acerca del hombre, de sus deberes y sus destinos. Largo camino es aún necesario para hacer universal y activa esta mentalidad; una nueva pedagogía debe educar las nuevas generaciones en el mundo respecto de las naciones, en la hermandad de los pueblos, en la colaboración de las gentes entre sí y también respecto a su progreso y desarrollo. Los organismos internacionales instituídos para este fin deben ser sostenidos por todos, mejor conocidos, dotados de autoridad y de medios idóneos para su gran misión. La "jornada de la paz" debe hacer honor a estas instituciones y rodear su trabajo de prestigio, de confianza y de aquel sentido de expectación que debe tener en ellas vigilante el sentido de sus gravísimas responsabilidades y fuerte la conciencia del mandato que se les ha confiado.

Una advertencia hay que recordar. La paz no puede estar basada sobre una falsa retórica de palabras, bien recibidas porque responden a las profundas y genuinas aspiraciones de los hombres, pero que pueden también servir y han servido a veces, por desgracia, para esconder el vacío del verdadero espíritu y de reales intenciones de paz, si no directamente para cubrir sentimientos y acciones de prepotencia o intereses de parte. Ni se puede hablar legítimamente de paz donde no se reconocen y no se respetan los sólidos fundamentos de la paz: la sinceridad, es decir, la justicia y el amor en las relaciones entre los Estados y, en el ámbito de cada una de las naciones, de los ciudadanos entre sí y con sus gobernantes; la libertad de los individuos y de

los pueblos en todas sus expresiones cívicas, culturales, morales, religiosas; de otro modo no se tendrá la paz —aun cuando la opresión sea capaz de crear un aspecto exterior de orden y de legalidad—, sino el brotar continuo e insofocable de revueltas y de guerras.

Es, pues, a la paz verdadera, a la paz justa y equilibrada, en el reconocimiento sincero de los derechos de la persona humana y de la independencia de cada nación a la que Nos invitamos a los hombres sabios y fuertes a dedicar esta jornada.

Paz no es pacifismo

Así, finalmente, es de augurar que la exaltación del ideal de la paz no favorezca la cobardía de aquellos que temen deber dar la vida al servicio del propio país y de los propios hermanos cuando estos están empeñados en la defensa de la justicia y de la libertad, y que buscan solamente la huída de la responsabilidad y de los peligros necesarios para el cumplimiento de grandes deberes y empresas generosas: paz no es pacifismo, no oculta una concepción vil y negligente de la vida, sino proclama los más altos y universales valores de la vida: la verdad, la justicia, la libertad, el amor.

Y es por la tutela de estos valores por lo que nosotros los colocamos bajo la bandera de la paz e invitamos a hombres y naciones a levantar, al amanecer del año nuevo, esta bandera, que debe guiar la nave de la civilización, a través de las inevitables tempestades de la historia, al puerto de sus más altas metas.

II

AL EPISCOPADO Y FIELES SOBRE ORACIONES POR LA PAZ

A vosotros, venerables hermanos en el Episcopado; a vosotros, hijos y fieles queridísimos de nuestra santa Iglesia católica:

Dirigimos la invitación que arriba hemos enunciado, la de dedicar a los pensamientos y a los propósitos de la paz una celebración particular en el día primero del año civil, el primero de enero del próximo año.

Esta celebración no debe alterar el calendario litúrgico, que reserva el primer día del año al culto de la maternidad divina de María y al nombre santísimo de Jesús; antes bien estas santas y suaves memorias religiosas deben proyectar su luz de bondad, de sabiduría y de esperanza sobre la imploración, la meditación, la promoción del grande y deseado don de la paz de que el mundo tiene tanta necesidad.

Os habéis percatado, venerables hermanos y queridos hijos, con cuánta frecuencia nuestras palabras repiten consideraciones y exhortaciones sobre el tema de la paz; no lo hacemos para ceder a una costumbre fácil, ni para servirnos de un argumento de pura actualidad; lo hacemos porque pensamos que lo exige nuestro deber de Pastor universal; lo hacemos porque vemos

amenazada la paz en forma grave y con previsiones de acontecimientos terribles que pueden resultar catastróficos para naciones enteras y quizá también para gran parte de la humanidad; lo hacemos porque en los últimos años de la historia de nuestro siglo ha aparecido finalmente con mucha claridad que la paz es la línea única y verdadera del progreso humano (no las tensiones de nacionalismos ambiciosos, ni las conquistas violentas, ni las represiones portadoras de un falso orden civil); lo hacemos porque la paz está en la entraña de la religión cristiana, puesto que para el cristiano proclamar la paz es anunciar a Cristo: "El es nuestra paz" (Ef. 2, 14); el suyo es "Evagelio de paz" (Ef. 6, 15); mediante su sacrificio en la cruz, El realizó la reconciliación universal y nosotros, sus seguidores, estamos llamados a ser "operadores de la paz" (Mt. 5, 9); y solo del Evangelio, al fin, puede efectivamente brotar la paz, no para hacer débiles ni flojos a los hombres, sino para sustituír en sus espíritus los impulsos de la violencia y de los abusos por las virtudes viriles de la razón y del corazón de un humanismo verdadero; lo hacemos, finalmente, porque querríamos que jamás nos acusasen Dios ni la historia de haber callado ante el peligro de un nuevo conflicto entre los pueblos, el cual, como todos saben, podría revestir formas imprevistas de terror apocalíptico.

Es necesario siempre hablar de paz

Es necesario siempre hablar de paz. Es necesario educar al mundo para que ame la paz, la construya y la defienda: contra las premisas de la guerra que renacen (emulaciones nacionalistas, armamentos, provocaciones revolucionarias, odio de razas, espíritu de venganza, etc.) y contra las insidias de una táctica de pacifismo que adormece al adversario o debilita en los espíritus el sentido de la justicia, del deber y del sacrificio, es preciso suscitar en los hombres de nuestro tiempo y de las generaciones futuras, el sentido y el amor de la paz fundada sobre la verdad, sobre la justicia, sobre la libertad, sobre el amor (cfr. Juan XXIII, "Pacem in terris").

La grande idea de la paz tenga, especialmente para nosotros, seguidores de Cristo, su jornada solemne en el comienzo del año nuevo 1968.

Nosotros, más pacíficos que nadie

Nosotros, los creyentes del Evangelio, podemos infundir en esta celebración un tesoro maravilloso de ideas originales y poderosas: como la de la hermandad intangible y universal de todos los hombres que deriva de la paternidad de Dios única, soberana y amabilísima, y que proviene de la comunión que, "in re vel in spe", nos une a todos a Cristo, y también de la vocación profética que en el Espíritu Santo llama al género humano a la unidad no solo de la conciencia, sino de obras y de destinos. Nosotros podemos, como ninguno, hablar del amor al prójimo. Nosotros podemos sacar del precepto evangélico del perdón y de la misericordia gérmenes regeneradores de la sociedad. Nosotros, sobre todo, hermanos venerabilísimos e hijos dilectísimos, podemos tener un arma singular para la paz, la oración, con sus maravillosas energías de tonificación moral y de impetración de trascendentes factores divinos de innovaciones espirituales y políticas; y con la posibilidad que ella ofrece a cada uno para examinarse individualmente y sinceramente acerca de

las raíces del rencor y de la violencia que pudieran encontrarse en el corazón de cada uno.

Tratemos, por tanto, de inaugurar el año de gracia de 1968 (año de la fe que se convierte en esperanza) orando por la paz; todos, posiblemente juntos en nuestras iglesias y en nuestras casas; es lo que por ahora os pedimos: que no falte la voz de nadie en el gran coro de la Iglesia y del mundo que invoca de Cristo, inmolado por nosotros, "dona nobis pacem".

A todos vosotros, nuestra bendición apostólica.

El Vaticano, 3 de diciembre de 1967.

PAULUS P. P. VI

III

MENSAJE DE NAVIDAD

Hermanos, hijos, amigos, hombres todos de buena voluntad:

La Navidad presenta una vez más a nuestra consideración el tema de la paz; y el mensaje que esta solemnidad pone en nuestros labios para vosotros, para el mundo, no puede callar el augurio de la paz traído por Cristo a esta nuestra tierra, tan ávida y necesitada de paz y tan llena de ofensas y de amenazas, cada día más graves y temibles, que parecen comprometerla.

Dejad, hermanos, que nuestra felicitación natalicia repita aún el deseo llovido del cielo, en aquella noche misteriosa del nacimiento de Jesucristo entre nosotros, sobre el suelo de esta partícula del universo que es nuestra tierra, y dentro del curso milenario de los siglos en ese momento preciso que es nuestra historia.

A nosotros los hombres, seres privilegiados del universo, por estar marcados con las semblanzas sublimes de Dios, ha sido anunciada la paz, como don que corona todos los demás recibidos con la vida presente, y que da a la vida su valor y la razón para ser digna y felizmente vivida. ¡Paz a todos vosotros, hermanos, objeto de la benevolencia creadora y redentora de Dios! Paz en este bendito día que, por estar dedicado a la Vida naciente, a la Vida de Cristo, "primogénito de toda creatura" (Col., 1, 15), y prototipo de la Humanidad, quiere extender su luz transfigurante sobre cada día de nuestro tiempo, sobre cada miembro de la familia humana. Paz, paz a vosotros, hombres, que a todos y a cada uno amamos en Cristo; a vosotros especialmente, los que pertenecéis por la fe y por la caridad a aquel pueblo que un dulcísimo y gravísimo mandato nos obliga, más aún, en cierta medida nos autoriza, a amar como nuestro y a guiar como cristiano. Paz, paz a todos.

Y mientras el augurio, tan sencillo y tan denso de significado, nos brota del corazón, una serie de cuestiones no leves, ni fáciles, parece turbarlos: ¿qué es, pues, la paz?, y ¿por qué, si ella está tan ligada a la perfección de nuestra

existencia, tiene siempre necesidad de ser deseada como algo que falta o es insuficiente?, y ¿basta la palabra augural para hacer brotar la paz en nuestra experiencia existencial, o por el contrario, como todos sabemos, ella exige otros diversos elementos, y no solo bellas y corteses palabras para que sea real y duradera?, y entonces, ¿cómo obtenerla, cómo mantenerla, cómo hacer de ella el adorno estable y característico de una civilización como la moderna, que pretende ser adelantada y madura?

Donde está Cristo, está la paz

Suscitamos estas cuestiones para que, en este su día festivo, la paz sea meditada, aunque esta meditación podría tener una conclusión amarga —como, por desgracia, tantos instintiva y lógicamente concluyen—: la de la imposibilidad de alcanzar la paz, y tanto menos de conservarla y de hacerla florecer en ordenamientos cada vez mejores. Si así fuese, el augurio sería irrisorio y casi provocaría el pesimismo y la desesperación. Pero hoy la conclusión es muy diferente, porque ha venido al mundo el Salvador, Cristo, "nuestra paz" (Eph., 2, 14), para darnos su paz (cfr. Io., 14, 27), para derramar entre nosotros su Espíritu, cuyo don principal es precisamente la paz (cfr. Gal., 5, 22): donde está Cristo, allí está la paz del corazón. Es el deseo del apóstol Pablo: "Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones" (Col., 3, 15). Donde su Evangelio es acogido se establece, al menos virtualmente, la paz interior, no solo por una promulgación intencional, sino también por una misteriosa capacidad suya que estimula a la paz, la hace nacer y la convierte de necesidad en obligación, y de deseo, en don y en sabia necesidad de engendrarla y de gozarla.

Esta simple reflexión provoca en nuestro fraternal mensaje natalicio el pensamiento que quiere hoy definirlo. Esto es, nosotros hablamos frecuentemente, muy frecuentemente, de la paz: acabamos de invitar al mundo a dedicar en el primer día del año civil un especial pensamiento a la paz en la sociedad (el tema merece esta repetición, y las condiciones peligrosas del mundo lo imponen a cada momento); pero, como todos saben, hablamos ordinariamente de la paz entre las naciones, entre las clases sociales, entre los miembros de la comunidad humana; hablamos de la paz exterior, de la paz política, militar, social, comunitaria; es decir, de aquella que se refiere al justo equilibrio en las relaciones entre los hombres. Queremos hoy, autorizados por la espiritualidad de la Navidad, invitaros a considerar otra paz, la paz interior y personal, que cada espíritu humano debería y querría tener dentro de sí, como luz de la propia conciencia, como dominio ordenado de las propias facultades, como expresión sintética y superior de la propia personalidad y como raíz íntima y fecunda de la paz exterior.

Decimos: la paz del corazón; verdadera posesión de sí mismo, verdadero coeficiente de virtud, de serenidad y de felicidad, verdadera fuente de la palabra buena y sabia en su expresión más inteligente y más fuerte.

¡Hermanos!, ¿poseemos nosotros la paz del corazón?

La pregunta encuentra, ciertamente, una respuesta difícil. Quisiéramos eludirla, quizá, como indiscreta; quisiéramos desacreditarla, reduciendo la paz del corazón a la resignación pasiva de quien, conocedor de la propia debilidad y desprovisto de animosa energía, "pone el corazón en paz" y se abandona a una especie de invencible fatalismo, falso sucedáneo de la verdadera paz del alma. Querrían a veces hombres nobles y pensativos recabarla de la escuela del mejor estoicismo, que se desentiende de la inmediata experiencia de las pasiones perturbadoras y de los acontencimientos más inquietantes para conformarse, libre y atado al mismo tiempo, a la profunda realidad de las leyes naturales, y que produce una viril e imperturbable insensibilidad hacia las cosas contingentes y desagradables a la paz del corazón. Hay, además, en la vida moderna una gran variedad de formas de pseudopaz del corazón que aplaca las exigencias íntimas del pensamiento desengañado de alcanzar la verdad, y las del amor desilusionado de llegar a la felicidad no falaz, con la indiferencia a las cosas del alma, o bien con el narcótico de un sutil escepticismo, o también con la afanosa proyección del hombre hacia una febril actividad exterior, que considera superstición toda ponderada consideración sobre el verdadero destino del mismo hombre, o también, por desgracia, con la búsqueda de refinadas experiencias del placer o con la despreocupada afectación de desprecio hacia toda forma de educada convivencia.

El hombre moderno necesita paz interior

¿Es esta la paz del corazón? Debemos decir, lamentablemente, que no. En general, el hombre moderno carece de paz interior.

Pero tanta es la estima, tanto el amor que nos enseña Cristo a tener por el hombre, que Nos queremos suponer siempre que en cada espíritu humano se esconda una aspiración profunda y congénita, una nostalgia, una esperanza de gozar un día una auténtica paz del corazón, la verdadera, redentora de la miseria común, la que nos hace sentir que somos hombres e hijos de Dios.

Y Nos, sin extendernos ahora en explicaciones que por lo demás la Navidad hace casi intuitivas, quisiéramos anunciar en voz alta, o mejor con voz insinuadora que suena dulce y persuasiva dentro de los espíritus, que la paz del corazón existe, es posible, está cerca y se nos ofrece hoy como el gran regalo de Navidad. Sí, este es nuestro augurio, y es hoy nuestro mensaje.

¿Quién lo recibe? ¿A quién especialmente lo dirigimos? Diremos: Paz a vosotros, que sufrís, porque podéis ser consolados. Paz a vosotros, que tenéis hambre de pan y de justicia, porque los hombres son declarados hermanos por Cristo (Mt., 23, 8), y cuantos pueden os deben el alimento material y moral de que tenéis necesidad. Paz a vosotros, que pensáis y estudiáis, porque la verdad existe y el drama de vuestra insomne búsqueda puede encontrar maravillosas soluciones: todo viene del Verbo; todo es, al menos en cierto grado, inteligible. Paz a vosotros, que tenéis el ansia del recto gobierno del mundo, porque no es vano esperar que, finalmente, los hombres caigan en la cuenta de que pueden y deben amarse y no armarse hasta la locura de riesgos fatales, ni combatirse, ni matarse.

Vosotros, hermanos, veis a este respecto una cosa sencilla y maravillosa: que la paz exterior deriva y depende en gran parte de la paz interior. Es preciso que la paz esté antes en los corazones para que realice en las instituciones civiles y en los acontecimientos históricos. El camino puede ser largo, porque largos son los caminos del corazón, y con frecuencia arduos e inaccesibles; son personales; son movedizos: es cierto, pero todo esto constituye el drama humano, que precisamente la Navidad lo enriquece con fuerzas positivas y, por sí mismas, decisivas.

Sí, porque la paz es un orden; el orden supone una perfección de relaciones. Entre todas las relaciones de las que la existencia humana tiene necesidad, la primera e indispensable es la relación con Dios. Sabemos que estamos afirmando una verdad que muchos hombres de hoy rehusan admitir: se vive bien, más aún, mejor —dicen ellos—, sin religión, la cual es tan misteriosa, suscita problemas muy complejos, quita y no de la paz al espíritu humano. Sin embargo, no, hermanos: tenemos necesidad insaciable de Dios; no podemos obrar sin El; Dios es necesario para el espíritu humano. Dios es nuestra felicidad. Dios es la vida. El estar unidos a El, el estar reconciliados con El, el estar dentro del plan de su voluntad comporta nuestra primera paz interior. "No hay paz para los sin Dios", dice la Sagrada Escritura (cfr. Is., 48, 22; 57, 21), mientras hay paz para quien ha entrado en la órbita de los deseos divinos: "En su voluntad está nuestra paz", dice deliciosa y verazmente Dante ante los umbrales de su Paraíso (III, 85). Bien sabemos cómo este primer fundamento de la paz interior, y, por consiguiente, de la paz exterior, es impugnado hoy; a la religión, en su sentido positivo y operante, se le niega la ciudadanía no solo en el reino del César, donde el César es soberano y donde el laicismo puede ser un debido reconocimiento de los límites del gobierno temporal ante las fronteras del reino de Dios, sino también en el reino del espíritu, donde la religión está llamada a afirmar su propio reino, fuente de paz interior y, por tanto, de la exterior.

¿Cómo pensar en un orden social e internacional sin contar con un orden personal y moral en los hombres que dirigen el mundo y lo componen? ¿Cómo este orden personal y moral puede ser sincero, seguro y estable prescindiendo de aquellos principios absolutos y transcendentes que solamente la religión inspira y garantiza? La paz con Dios es el manantial de aquella fuerza moral, de aquella rectitud viril, de aquella sabiduría fundamental de las que puede brotar la paz con los hombres. ¿Cómo encontrar el arte de poner de acuerdo a los hombres sin reconocer el primado de la fraternidad humana en la política y sin valorar el perdón de las ofensas recibidas o recíprocas como principio resolutivo de los conflictos humanos?, ¿y acaso no están estos basilares criterios de paz terrena fundamentados sobre doctrinas que solo la religión puede sugerir y convalidar?, la religión de Cristo, decimos; la de Navidad; no decimos más porque nuestras palabras no son ahora una lección, sino solamente un mensaje augural. Quizá este será profético; quiéralo Dios en la doble visión: que un día esta voz humilde, eco débil del anuncio natalicio, se escuche e infunda en el mundo acercado a Cristo el gozo y la vitalidad nueva, y que ya desde ahora almas buenas y creyentes, penetradas por el Espíritu de Cristo, experimentan la inefable fuerza de su paz interior y pueden decir a sí mismas y testimoniar a sus hermanos cuán verdadera, cuán gozosa, cuán prometedora es la paz que Cristo nos ha traído, y que sin El el mundo no cabe alcanzarla plenamente (cfr. Jo., 14, 27):

A vosotros, pues, hermanos; a vosotros, hijos queridísimos; a vosotros, hombres todos de buena voluntad, el augurio natalicio para que la paz interior de "Dios, la cual sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (cfr. Fil., 4, 7), en cuyo nombre de corazón os bendecimos.

IV

AI. SACRO COLEGIO Y A LA PRELATURA ROMANA EN LA NAVIDAD

A usted, señor cardenal decano, siempre autorizado intérprete del Sacro Colegio, a los señores cardenales presentes personalmente o en espíritu, y a los venerados miembros de la Curia Romana y de la diócesis de Roma, así como a los que pertenecen a nuestra capilla y a nuestra familia pontificia aquí reunidos, expresamos nuestra cordial gratitud. Gratitud por la felicitación navideña, expresada en forma tan distinguida que se ha hecho solemne por esta tradicional y siempre singular audiencia. Gratitud por las oraciones y por los votos que en estos últimos meses han acompañado a nuestra enfermedad y que, ciertamente, no son la última causa de nuestro restablecimiento. Gratitud por la devoción, adhesión y por la colaboración que prestáis a la misión de la sede apostólica y de nuestro modesto trabajo. Y, juntamente con nuestra gratitud, recibid la correspondencia de nuestra felicitación con los sentimientos que la Navidad hace brotar del corazón, nacidos de la efusión de bondad y de gracia que el inefable misterio de la Encarnación del Verbo Divino pone a nuestra disposición y que nuestro ministerio de fe y de caridad en virtud de nuestro Salvador Cristo Jesús, que indignamente tenemos la gran ventura de representar, quisiera aprovechar y dispensar en la medida más amplia.

Es tan dulce para Nos y, al mismo tiempo, tan importante el momento que esta presencia, llena solamente de motivos espirituales, nos concede, que de nuevo nos sentimos invitados a hablar con vosotros de aquello que únicamente preocupa a nuestro ánimo y a vosotros: es decir, las cosas de la Iglesia, observadas y vividas desde este su centro, que juntamente con Nos os ocupa solidariamente a todos vosotros. ¿Podemos omitir en una ocasión tan propicia a la apertura de los corazones algunas sencillas observaciones sobre los acontecimientos que han caracterizado este último semestre y de los cuales vosotros sois los primeros realizadores y observadores? Permitid que, en honor de esta visita, y para estimular vuestra colaboración, que tan valiosamente nos prestáis, os dirijamos sobre este tema algunas breves palabras.

I. Consistorio: Nuevos Cardenales, Cardenales difuntos y Cardenal Leger

¿Podemos acaso, al comenzar, no dedicar nuestra atención, respetuosamente y con complacencia, al Sacro Colegio, que ha tomado dimensiones y funciones de tanto relieve? Al saludaros, señores cardenales, tenemos el gusto de dirigir un pensamiento particular a aquellos de vosotros que se encuentran aquí por primera vez. Nos referimos a los cardenales creados por Nos en el Consistorio del pasado junio, que ha visto aumentado el número de los componentes del Sacro Colegio, en proporción especialmente a las mayores necesidades de trabajo y de consulta de los organismos de la Curia Romana. Lo

decíamos en las alocuciones tenidas durante las varias ceremonias que han acompañado el Consistorio, y nos place recordarlo ahora: nos será siempre de gran consuelo vuestra afectiva ayuda y vuestro autorizado consejo.

Un deferente y justo homenaje rendimos también a la venerada memoria de los ilustres purpurados que han llegado al fin de su jornada terrena desde el anuncio del Consistorio hasta hoy, eminentes figuras de pastores y apóstoles, los señores cardenales José Elmer Ritter, venerado arzobispo de San Luis en el Missouri; Ernesto Ruffini, celoso e ilustre arzobispo de Palermo; Tomás Tienchenesin, arzobispo "impedido" de Pekín; José Cardijn, fundador del Providencial Movimiento de la "Juventud Obrera Católica", y, recientemente, el arzobispo de Nueva York, Francisco Spellman, tan conocido y llorado, y tan devoto de esta sede apostólica. Y después, el venerado y hierático patriarca de los melquitas, Máximos IV Saigh, y, finalmente, Antonio Riberi, nuestro querido compañero de estudios y fiel amigo. Recordemos después a nuestro querido hijo, el cardenal Pablo Emilio Léger, que, permaneciendo miembro del Sagrado Colegio Cardenalicio, ha dejado estos días la archidiócesis de Montreal para dedicarse, con ejemplar abnegación, al apostolado en las misiones africanas y entre los leprosos. Nos le acompañamos con un fervoroso augurio y bendición.

2. Sínodo de los Obispos

Entre los acontecimientos que se refieren a la vida interna de la Iglesia, el que mayor relieve tiene en este período es, sin duda, el Sínodo de los Obispos, que se ha reunido por primera vez en Roma y ha tenido sus sesiones en las aulas preparadas expresamente en nuestro palacio apostólico.

La revisión del Código de Derecho Canónico fue el primero de los cinco temas presentados a la discusión del Sínodo; siguieron los otros cuatro: los seminarios, la reforma litúrgica, la doctrina de la fe y la disciplina de los matrimonios mixtos.

Tuvimos mucho gusto en asistir alguna vez personalmente al aula sinodal para seguir las discusiones y reunirnos con nuestros hermanos en el episcopado, a los cuales, durante el sínodo, concedimos audiencia individual o por dos grupos; si nuestras fuerzas físicas, debilitadas en aquel período por la enfermedad, nos lo hubieran permitido, habríamos participado con mayor frecuencia en las reuniones en este nuevo órgano consultivo en el cual se refleja el pensamiento de todo el Colegio Episcopal.

A pesar de los límites que nos impuso nuestra enfermedad, hemos seguido con diligente atención el trabajo del Sínodo día a día, leyendo o escuchando las precisas relaciones que nos hacían los señores cardenales presidentes delegados y nuestros más inmediatos colaboradores.

Mucho es el interés que ha despertado la primera reunión del Sínodo, no solo en el interior de la Iglesia, sino también en los ambientes de fuera. Es nuestra intención aprovechar la contribución que aquel puede dar al gobierno de la Iglesia, perfeccionando su funcionamiento tomando como base la primera experiencia.

Mientras hacemos constar con justicia la profunda entrega y el gran sentido de responsabilidad con los cuales los padres han afrontado el trabajo que se les había encomendado, deseamos nuevamente agradecerles la preciosa colaboración que nos han ofrecido, asegurándoles que las propuestas y sugerencias nacidas en los debates sinodales serán tenidas en cuenta en las deliberaciones que en virtud de nuestro pastoral servicio en la Iglesia deberemos tomar sobre tantos problemas importantes y delicados.

3. Reorganización de la Curia

Debemos también recordar el hecho notable de la llamada reforma de la Curia Romana.

Esta palabra, "reforma", en relación con el significado que tuvo en otras condiciones históricas, en nuestro caso tiene una apariencia más grave de lo que en realidad significa. Nos complace decir que los desórdenes, los abusos que esta palabra recuerda infelizmente, no estaban y no están presentes en nuestro caso. Con más propiedad se ha hablado de "aggiornamento"; podríamos decir reorganización, valiente reorganización si queréis, y no verdadera y propia reforma colectiva: toda institución humana tiene siempre necesidad de reorganización y de renovación; también la Curia Romana, que ha prestado preciosos servicios, a través del tiempo y en nuevas situaciones históricas, ha permanecido fiel a sus finalidades institucionales. Así hemos querido que fuera la reforma, o mejor el "aggiornamento", la reorganización de la Curia Romana, conduciéndola con una cierta gradación a una funcionalidad que responda a las exigencias de los tiempos nuevos y a las sugerencias del reciente Concilio.

Dos son los instrumentos jurídicos que han señalado los términos de esta renovación: el "motu proprio" **Pro comperto sane** del 6 de agosto de 1967, que determina la adscripción de obispos residenciales a las Sagradas Congregaciones, como miembros de pleno derecho, y la constitución apostólica "Regimini ecclesiae universae", publicada el 15 de agosto, y que se refiere a todos los oficios y dicasterios de que se compone nuestra Curia.

La Constitución presenta las líneas de la nueva organización, establece de una manera más exacta las varias competencias; algunos organismos de antigua fundación han sido renovados en su espíritu y en sus atribuciones, y reciben una nueva estructura interior más moderna; algunos dejan sus funciones y van a formar parte de otros nuevamente instituídos, según las nuevas exigencias de nuestro ministerio.

Se está aplicando el criterio de dar a la Curia una fisonomía más internacional; entra en vigor la norma que, fijando un límite de tiempo en la duración de los cargos, permitirá una oportuna rotación en los altos oficios directivos de los sagrados dicasterios; finalmente, se ofrece la posibilidad de destacar el valor del consejo de seglares experimentados, y también, para determinados trabajos específicos, la colaboración de buenas religiosas.

Desde el punto de vista normativo, la reforma no es todavía completa; lo será cuando, en los meses próximos, se publiquen los reglamentos que están todavía en vías de elaboración por parte de las competentes comisiones y que tienen por objeto la estructura y el funcionamiento de los nuevos oficios.

Queda también otra reforma, en sentido ascético, en la cual tenemos grandes esperanzas, y que no admite siempre precisas normas de derecho, sino que es obra de cada uno de nosotros, de nuestro modo de pensar, de actuar y de servir con espíritu de fe y de sacrificio; reforma, o renovación

espiritual, más íntima y más profunda, aunque no tan visible, que se realiza en las personas que colaboran tan de cerca con Nos y que están cada vez más dispuestas y sensibles para acoger las numerosas peticiones que desde las iglesias locales llegan a la Iglesia de Roma, centro del universal "coetus caritatis" (cfr. San Ignacio Antioquía). Nos elogiamos y alentamos este nuevo espíritu que os anima, queridos hijos, y a todos aquellos que con vosotros prestan sus servicios; y os significamos nuestra satisfacción al observar diariamente que sois colaboradores fieles y conscientes de nuestro oficio pastoral para la Iglesia universal, al cual tenéis el honor y el deber de colaborar.

4. Encíclica sobre el celibato

No hablaremos ahora de un documento de importancia decisiva, la encíclica "Sacerdotalis caelibatus", porque pertenece al semestre precedente, ya que lleva la fecha del 24 de junio; pero no podemos ocultar la complacencia por la acogida favorable que ha tenido por parte del Episcopado y del clero fervoroso, y entregado fielmente a su vocación y al trabajo y a su ministerio pastoral. No ignoramos las dificultades que la ley del sagrado celibato presenta hoy, tanto por las condiciones ambientales en las que se desarrolla la vida del clero, como por las discusiones que tienen lugar sobre esta misma ley, con las que se llega a poner en duda su oportunidad y espiritualidad; pero debemos dar testimonio de la comprensión y de la fidelidad que la grandísima mayoría de nuestro clero latino tributa valientemente a este difícil y sublimante deber, tan profundamente vinculado con la totalidad y la unicidad del amor que une a Cristo con su ministro, y tan venerado y exigido por el concepto que de él se ha hecho y que difunde el buen pueblo cristiano. Queremos con esta rápida y afectuosa alusión apoyar a nuestros queridísimos sacerdotes en la íntegra y gozosa fidelidad al estado escogido por ellos y reconocido por la Iglesia: oblación a la caridad, que es la que solamente posee sus corazones y es manantial secreto de la mejor eficacia y de la mayor fecundidad de su ministerio.

5. Mensaje al Africa

Queremos también mencionar otro documento nuestro.

En la fiesta de Cristo Rey, el 29 de octubre, hemos dirigido una palabra especial al Africa, un mensaje, expresión de nuestro pensamiento, de nuestro afecto y también de nuestros temores, pero, sobre todo, de nuestras esperanzas y de nuestra voluntad de servir a estos pueblos, muchísimos de los cuales han entrado recientemente en la escena internacional como comunidades políticas independientes.

Al dirigir nuestra palabra a toda el Africa hemos señalado los graves y numerosos problemas con los cuales ella debe enfrentarse en su movimiento de crecimiento y de consolación, y hemos querido manifestar de un modo particular el respeto de la Iglesia hacia los valores morales y religiosos de la tradición africana.

Al insertarse como fuerza renovadora en estos pueblos, la Iglesia experimenta una conciencia todavía mayor de su universalidad, de su poder de adaptación, de su capacidad de dar forma, desarrollándolo y elevándolo al

germen vivo de la multiforme civilización humana.

Además, la solícita correspondencia de tantas poblaciones al llamamiento de Cristo nos mueve a considerar la evangelización de Africa como una etapa importante en el plan divino de la salvación de la humanidad, que implica la responsabilidad de todos los católicos.

Las cálidas adhesiones que el mensaje ha despertado nos dan la esperanza de que la obra misional recibirá nuevo impulso, las estructuras eclesiásticas se fortalecerán, las catequesis se adaptarán cada vez más a las necesidades del alma africana y se multiplicarán las manos amigas, que ayudarán a estos pueblos en el camino hacia un futuro de progreso, de paz y de solidaridad.

6. Después de los documentos, los acontecimientos

Visita a Estambul y a las autoridades turcas

Un singular acontecimiento ha sido nuestro viaje a Turquía, donde hemos tenido el honor de reunirnos con las autoridades turcas y de presentarles nuestro respeto. Creemos justo testimoniar una vez más que aquellas autoridades nos han ofrecido la más delicada acogida, que es expresión de las buenas relaciones existentes entre la Santa Sede y la nación turca, en la cual nuestro predecesor, de venerada memoria, Juan XXIII, pasó más de diez años de su vida, dedicada toda ella al servicio de esta población y de la Iglesia. Permanece todavía vivo allí el recuerdo de su bondad, de su espíritu comprensivo y ecuménico.

Visita al Patriarca Atenágoras

En la misma circunstancia nos reunimos con S. S. el Patriarca Atenágoras, adelantándonos así a la visita que él se proponía hacernos, y lo hemos hecho, principalmente, con el fin de honrar personalmente al ilustre y venerable patriarca ecuménico y llevarle el anuncio del año conmemorativo del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

Esta visita nos ha ofrecido la posibilidad de continuar directamente el diálogo iniciado en enero de 1964, cuando nos dirigimos a Jerusalén.

El objeto principal de nuestra conversación fue el estudio del camino que se ha de recorrer para llegar al restablecimiento de la perfecta comunión entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa.

Reunión con los jefes de las otras iglesias cristianas y de las religiones no cristianas

El viaje nos proporcionó también el gozo de poder reunirnos con otros jefes de las diferentes iglesias cristianas y de las religiones no cristianas: con todos hemos tenido la posibilidad de un diálogo, siquiera brevísimo, por la rapidez de nuestro viaje, y de todos hemos tenido la más sincera y gentil acogida.

Peregrinación a Efeso

Particularmente nos llenó de gozo la piadosa peregrinación a Efeso para

honrar a la Madre de Dios en el mismo templo donde se reunieron los padres del Concilio Ecuménico que en el año 431 proclamaron el dogma de la maternidad divina de la Virgen María.

Visitamos también en Efeso, sobre la colina que domina las ruinas de la antigua y fastuosa ciudad, con la visión de un panorama encantador, el lugar donde la Virgen —según una piadosa tradición— habría transcurrido diversos años de su vida junto con el apóstol Juan.

Dicho lugar, como bien sabéis, es meta de peregrinaciones también por parte de los fieles musulmanes, que honran también a la Madre de Jesús.

En aquel recinto, convertido en sagrado por tantos recuerdos cristianos, hemos rezado con todo el fervor de nuestro corazón por la unidad y la santidad de la Iglesia de Cristo, por la fraternidad de los pueblos y por la paz en el mundo.

Visita del Patriarca Atenágoras

Este nuestro viaje, como es sabido, ha tenido un epílogo que no dudamos en calificar de histórico: la visita que, a fines del pasado octubre, tuvimos la fortuna y el honor de recibir por parte de Su Santidad el Patriarca Ecuménico ortodoxo Atenágoras. Están todavía en las mentes y en los corazones las imágenes y los pensamientos que tal visita produjo. La Roma católica ha saltado de gozo. La Roma de los santos Pedro y Pablo ha procurado recordar los vínculos de fraternidad y de veneración que unen todavía, a distancia de siglos, la Iglesia romana a la Iglesia ortodoxa, y ulteriormente se ha conmovido al interpretar el singularísimo acontecimiento como un presagio de los designios amables de Dios.

¡Qué alegría, qué placer abrazar de nuevo al Patriarca Atenágoras en el umbral de la Basílica del Príncipe de los Apóstoles y que emoción poder rezar juntos en el lugar donde fueron depositados los sagrados despojos del pescador de Galilea, a quien Jesús confió, con su inescrutable plan divino, el cuidado pastoral de la Iglesia fundada por El!

Hemos rezado con las intenciones más puras y sinceras para que el Espíritu Santo conduzca a todos los seguidores de Cristo por el camino hacia la unidad que Cristo quiso para su Iglesia.

Congreso Mundial de los Seglares

Entre los acontecimientos de estos últimos seis meses que se refieren a la vida interna y a la actividad de la Iglesia, ocupa un lugar destacado, tanto por los temàs tratados como por el número y la calidad de los participantes, como por las consecuencias para el futuro y la resonancia en el mundo, el tercer Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares, que tuvo lugar en Roma del 11 al 18 de octubre pasado.

En él se han reunido cerca de tres mil personas, delegados de grupos nacionales y de organizaciones católicas internacionales, consultores y expertos del vasto movimiento que se designa con el nombre de "Apostolado de los Seglares" y observadores de comunidades no católicas. El tema propuesto a su estudio era "El pueblo de Dios en el camino de la humanidad"; estos, distribuídos en varios grupos de trabajo o reunidos en asamblea plenaria, han estudiado, examinado y discutido el amplio temario, y sobre algunas cuestiones particulares, han formulado propuestas y resoluciones que serán objeto de atenta consideración por parte del "Consilium de laicis" y de los otros dicasterios competentes.

Muchas cosas se han dicho en este Congreso, mucho se ha escrito, y muy bien, sobre el mismo, aunque no todo pueda aprobarse o compartirse sin más. De las no pocas cosas buenas que de él se han derivado, querríamos señalar aquí una en particular, a saber: el sentido de responsabilidad para la Iglesia que anima al laicado católico. Los seglares —y esto es una señal, sin duda, muy alentadora —se sienten responsables tanto en lo que respecta a la humanidad entera, a la cual ellos quieren hacer entender que la iglesia está comprometida en la animación del orden temporal, como con respecto a la jerarquía y al clero, a quienes el laicado intenta ofrecer la propia cooperación en la obra de salvación y de "servicio" que toda la Iglesia, por voluntad de su Fundador, está llamada a realizar en medio de los hombres.

Nos quisiéramos que todos estos hijos que quieren distinguirse en el Pueblo de Dios por una generosa entrega al apostolado católico conservaran grabada en su memoria y en su corazón una impresión: el amor que el Papa les tiene, la confianza que en ellos deposita, la invitación que les dirige de querer siempre trabajar en leal armonía con el magisterio y con la jerarquía de la Iglesia, que no desea otra cosa que ver cómo asumen las funciones que les ha señalado el último Concilio.

8. Santos Lugares

Nuestra mirada, invitada por la alusión que hemos hecho a nuestro laicado, se extiende al mundo, y, por esto, nuestro pensamiento, en esta circunstancia, nos lleva espontáneamente a Belén, y desde Belén a Jerusalén y a los otros Santos Lugares de Palestina. El problema que les afecta permanece todavía sin solución, a causa de una condición de cosas muy complejas que a todos es evidente en su aspecto exterior.

Baste decir que, como es deber suyo ante la cristiandad, la Santa Sede no ha dejado de ocuparse con solícita atención de las iniciativas que en el campo internacional podían referirse a este grave problema: hemos hablado de él con dirigentes cualificados y hemos ordenado que se hicieran sondeos para descubrir las posibilidades de encontrar por lo menos un indicio de solución. Hemos tenido al corriente de estas intenciones a la jerarquía ortodoxa y a la anglicana, y se ha estimado oportuno informar de ello también a los gobiernos que tienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede y al secretario general de las Naciones Unidas.

El problema, en sus términos generales, presenta ahora, según nuestro parecer, dos aspectos esenciales y que no pueden ser olvidados. El primero se refiere a los Santos Lugares propiamente dichos, y como tales considerados por las tres grandes religiones monoteístas que tienen interés, la hebrea, la cristiana y la musulmana, y se propone tutelar la libertad de culto, el respeto, la conservación, el acceso a los Santos Lugares, con la garantía de inmunidades especiales mediante un estatuto propio a cuya observancia dé seguridad una institución de carácter internacional que guarde particular relación con la fisonomía histórica y religiosa de Jerusalén.

El segundo aspecto de la cuestión se refiere al libre disfrute de derechos religiosos y civiles que corresponden legítimamente a las personas, a las organizaciones, a las actividades de todas las comunidades presentes en el territorio de Palestina.

Es obvio que Nos seguimos todo el problema con vivísimo interés y con serena Vigilancia, y con fundada esperanza de que tenga en las autoridades competentes y en la opinión pública la consideración favorable que siempre nos ha parecido que se le debe absolutamente, para la debida veneración de los Santos Lugares para la conservación y el respeto de los legítimos derechos de todos y para la promoción de la paz y de la reconciliación de los espíritus.

9. Oriente Medio

El tema nos lleva a decir una palabra sobre la situación que se ha producido en el Oriente Medio como secuela de los conocidos acontecimientos del mes de junio pasado; situación que, como es sabido, nuevamente ha tenido momentos de acentuado peligro; que continúa siendo grave por eventuales y ulteriores complicaciones; el mismo problema de los Santos Lugares está implicado en dicha situación.

Sin embargo, la reciente resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que establece el envío de un representante del secretario general de la misma organización, nos parece un primer paso positivo en la búsqueda de una solución, la cual, para ser duradera, debe plantearse con justicia y equidad.

Como es fácil imaginar, Nos mismo hemos sido, de distintas partes, autorizado y fuertemente movidos a intervenir para que el conflicto no se cristalice en una tregua sin paz, llena de odio y de pronósticos de futuras reivindicacions, perjudicial también para el tráfico internacional, sino que encuentre un leal entendimiento, especialmente por lo que se refiere a la cuestión de los territorios que han sido escenario de luchas sangrientas.

Tenemos una firme confianza y deseamos vivamente que la iniciativa de las Naciones Unidas tengan el sincero apoyo de todos los responsables y pueda progresar y conseguir fecundos resultados.

Merecen un recuerdo particular los prófugos antiguos y recientes, cuyo problema agrava la crisis que afecta a la región. A ellos, como a víctimas pobres e impotentes, se dirigen nuestra simpatía y la ayuda que nunca ha faltado, sobre todo en este período de mayor necesidad.

También recientemente hemos querido elogiar y alentar la obra desarrollada en favor de los prófugos por las organizaciones caritativas católicas e invitar a que se dé a las mismas un apoyo sustancial.

Al pensar en el Oriente Medio tenemos también presentes las pruebas a las que están sometidas, en una de las naciones en conflicto y que siempre nos es querida por tantos motivos históricos y civiles, las instituciones escolares católicas; pero queremos pensar que el desacuerdo puede todavía ser resuelto con recíproca satisfacción.

10. La paz en el mundo

En esta rápida visión panorámica de los principales acontecimientos de la vida de la Sede apostólica en estos últimos meses debemos aludir ahora a los temas principales que han ocupado los sentimientos y la actividad. Los ha mencionado ya directamente la palabra del señor cardenal: la paz y la fe. Son demasiado importantes y fecundos para no mencionarlos ahora.

En el ejercicio del Ministerio confiado a Nos por la Divina Providencia, no nos cansamos de invitar a la humanidad a los caminos de la paz, de repetir nuestros llamamientos, enviar nuestros mensajes, de invitar a la cesación de los conflictos y a la reanudación de negociaciones de aquellos en cuyas manos están los destinos de los pueblos; no cesamos de rezar y de hacer rezar a Dios misericordioso, dador de todo bien, "para que conceda la paz a nuestros días", y en los límites consentidos por nuestras posibilidades nos ocupamos en aliviar los dolores de las víctimas de la guerra y de toda otra violencia: los heridos, los prisioneros, los prófugos, todos aquellos que se han quedado sin familia, sin hogar, sin pan.

Nos sirvió de consuelo y de estímulo el oír que todos los obispos del mundo, por boca de sus representantes reunidos en el Sínodo aquí en Roma, se asociaban a nuestro afán por la paz, repitiendo al mundo su invitación para que cesen los conflictos y se establezca la tranquilidad en el orden.

El problema de la paz es una parte tan viva de la actividad de la Iglesia que Nos, recogiendo el deseo de la constitución "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II, hemos instituído desde el comienzo de este año una especial Comisión que lleva el nombre de "Justitia et Pax", a formar parte de la cual hemos llamado, en calidad de miembros y consultores, a eclesiásticos y seglares expertos en el campo del estudio y de las obras relacionadas con la paz: la justicia social, el desarrollo, la cooperación internacional.

Y ahora, para mover la voluntad de todos y unir los esfuerzos de los buenos en la búsqueda y conquista de la paz, hemos determinado proclamar para todo el mundo una jornada dedicada a la paz. Hemos fijado la fecha del primero de enero, pareciéndonos este el día más indicado para llevar a la mente de todos los hombres pensamientos de concordia en el nombre del Príncipe de la Paz".

Sobre esta iniciativa, que parece encontrar la adhesión de muchos, descenderá —estamos seguros de ello— la bendición del Señor que, al venir a la tierra, hizo proclamar en el cielo de Belén: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

11. Vietnam

Como bien sabéis, en el conjunto de nuestra acción en favor de la paz, el Vietnam ha continuado ocupando un lugar de preeminencia, ya que tenemos conciencia de las ruinas y de las víctimas causadas por aquel singular conflicto y del peligro que este constituye para la pacífica convivencia de los pueblos y de las naciones.

En las audiencias públicas y en nuestras alocuciones dominicales en la plaza de San Pedro, más de una vez nuestro pensamiento y nuestra plegaria se han dirigido a aquellos hijos —a Nos muy queridos— a quienes todavía no les es dado disfrutar de la paz.

Muchas voces nos llegan invitándonos a exhortar a una parte beligerante a que suspenda los bombardeos. Lo hemos hecho y lo hacemos todavía en

nombre de los inermes que involuntariamente son víctimas de tales acciones militares.

Pero al mismo tiempo invitamos nuevamente también a la otra parte beligerante —y queremos pensar que en estos nos seguirán cuantos pueden autorizadamente ejercer un influjo en este sentido—, a dar una señal de seria voluntad de paz.

Y lo hacemos todavía en nombre de aquellos que son víctimas de actos de terrorismo, de todo un pueblo que sufre, de vidas humanas inútilmente sacrificadas. Que cese toda especie de violencia.

Tenemos la certeza de que, como meta final, no se buscará la victoria que oprime, sino la seguridad, la paz y la libertad para todos. Las negociaciones, francas y leales, son el único camino constructivo de una verdadera paz.

Nos llena de dolor y de estupor ver que ha resultado vana toda oferta desinteresada de mediación y cómo se ha rechazado toda tentativa de honestas y pacíficas negociaciones, mientras nos parece todavía posible una honorable composición de la dolorosa y amenazante situación.

Ajenos a todo interés de parte, y solo apasionados por los valores humanos que están en juego, nos hemos atrevido a ofrecer nuestra inerme colaboración, dispuestos a cooperar, de la manera más eficaz que nos sea permitida y solicitada, al restablecimiento de la verdadera paz.

12. Nigeria

Nuestro pensamiento viene ahora a detenerse con una cordial y dolorida insistencia en la querida Nigeria, que hace no muchos años tuvimos la venturosa ocasión de visitar. Hemos seguido con profunda tristeza en inicio y el desarrollo de un grave conflicto en las regiones orientales de aquel gran país.

Hemos estimado y, en cuanto nos ha sido posible, hemos estimulado toda iniciativa y todo esfuerzo para favorecer la reconciliación.

En el intento de aliviar tantos sufrimientos y evitar ulteriores luchas y lágrimas, hemos enviado en estos días a Nigeria una misión de Cáritas Internacional que con el socorro material y moral testimonie, en una medida modesta, pero concreta, nuestro amor. Y aprovechamos la proximidad de la Navidad, que es para todos una invitación a la paz, para dirigir a los responsables de las dos partes en lucha, un nuevo llamamiento confiado para que se acuerde por lo menos una tregua que quizá pueda inspirar, quiéralo Dios, el comienzo de un nuevo camino hacia la concordia de las relaciones fraternas.

Al mundo, que tiembla por el temor de perder la paz, pueda llegarle desde el Africa el ejemplo consolador de una paz reencontrada, secreto para un nuevo y prometedor futuro.

13. Países donde la Iglesia sufre

No podemos dejar de confiaros de nuevo la angustia que oprime nuestro corazón al recordar aquellas porciones del rebaño de Cristo, que hoy todavía nos parece que está más cerca del misterio del Portal y de la Cruz, porque continúa sufriendo pacientemente y con dignidad, en mayor o menor medida, la privación de la libertad y del ejercicio de los derechos normales que pertenecen a la Iglesia y a la religión.

Nuestro pensamiento afectuoso se dirige en este momento a los pastores, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles que viven en tan dolorosas condiciones, y con nuestro pensamiento va nuestro paterno consuelo apoyado en la constante oración y con una particularísima bendición.

Sabéis bien cómo la Santa Sede ha hecho siempre todo cuanto las diversas circunstancias permitían o aconsejaban para aliviar la situación de la Iglesia donde quiera que esta encuentra dificultades. Sabéis también que en algún caso los pasos dados han tenido resultado que hacen concebir esperanzas para el futuro; mientras en otros —lo decimos con el corazón dolorido— el resultado no ha correspondido a las esperanzas.

Por nuestra parte, continuamos dispuestos a toda abierta y leal negociación que sirva para asegurar a la Iglesia un completo y efectivo respeto de sus sagrados derechos, sin ofensa de los legítimos poderes del Estado, sino, más bien, con ventaja moral para el mismo.

A los responsables de la cosa pública en estas queridas naciones quisiéramos repetirles la invitación dirigida por los padres conciliares en su mensaje a los gobernantes: "La Iglesia solo os pide la libertad. La libertad de creer y predicar su fe, la libertad de amar a su Dios y de servirlo, la libertad de vivir y de llevar a los hombres su mensaje de vida. No tengáis miedo a la Iglesia: está hecha a imagen de su Maestro, cuya misteriosa acción no usurpa vuestras prerrogativas, sino que defiende lo humano de su fatal caducidad, lo transfigura, lo llena de esperanza, de verdad y de belleza".

Quiera el cielo escuchar estos nuestros ardientes votos, abriendo en todas partes a la Iglesia nuevos horizontes para su misión, que trae la verdadera paz de Cristo.

14. América Latina

En medio de tan complejas, pero no raras veces prometedoras situaciones, nuestro pensamiento se dirige con simpatía y profundo afecto a los pueblos de América latina. Conocemos bien los grandes problemas y el ardiente deseo de progreso y de desarrollo, tanto en el campo moral y religioso como en el social.

La escasez de sacerdotes, de religiosos y religiosas, que por causas varias y complejas continúa sufriendo la América latina, es para Nos un motivo de viva preocupación. Saludamos, pues, y bendecimos de corazón a los sacerdotes, las religiosas y los seglares que también en estos últimos meses han marchado allá llevando una preciosa ayuda a la vida de la Iglesia.

La aspiración de los pueblos latinoamericanos, y especialmente de tantos jóvenes de buena voluntad, al progreso social del Continente, no nos deja insensibles. Nos proporciona no poca satisfacción saber que las encíclicas sociales y los documentos del Concilio Vaticano II son objeto de atento estudio por parte de sacerdotes y de muchos seglares sinceramente deseosos del bien de la América latina: les exhortamos paternalmente a estudiar cada vez más y mejor su verdadero significado y su genuino valor. Esperamos finalmente que cuantos ocupan puestos de responsabilidad sepan interpretar con grandeza de miras y generosidad la realidad y las legítimas aspiraciones de sus pueblos; invitamos a todos a rechazar la tentación de la violencia para buscar sana y

sabiamente una paz dinámica y constructiva, fuente de desarrollo y de provecho civil.

15. Situación espiritual

Al considerar el panorama espiritual de nuestros días, nos alegra ver un interés cada vez más extendido por los problemas religiosos: despertar del que somos ciertamente deudores al Concilio Ecuménico Vaticano II, que se propuso descubrir nuevos caminos para presentar la doctrina de la Iglesia de una forma siempre fiel a su auténtico contenido, pero más adaptada a la mentalidad moderna y satisfacer la noble exigencia que tantos espíritus no satisfechos con los amplios beneficios que nacen del solo progreso técnico y científico, con las veraces y vitales respuestas de la fe cristiana.

Esta ansia de lo espiritual ha producido dentro de varios sectores de la Iglesia fermentos nuevos, sustancialmente buenos, pero no totalmente exentos de peligros de exageración y de desviación, tanto en el campo doctrinas como en el disciplinar, que no dejan de causar en muchos pastores y fieles justificados temores. Sin embargo, Nos alimentamos la confianza de que el esfuerzo que se está realizando, sincero y generoso, apoyado en un fraterno y abierto diálogo, animado por un profundo amor a la verdad revelada, conducido por el Magisterio jerárquico, producirá los esperados frutos de renovada vitalidad religiosa y moral. Ya advertimos los signos de una superación de algunas dificultades iniciales y el Sínodo recién celebrado nos ha dado la confirmación de la atenta vigilancia de vuestros venerados hermanos en el Episcopado. Es, por tanto, muy agradable esta ocasión de manifestar nuestra complacencia por las múltiples iniciativas promovidas para adherirse al Año de la Fe promulgado por Nos con el fin de honrar dignamente la memoria del XIX centenario del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Los documentos pastorales que nos han llegado de los Episcopados de muchas naciones nos atestigua el valioso trabajo que se está desarrollando en el mundo católico para reavivar la fe, proporcionar luz a las inteligencias y fuerza a las voluntades.

Aquí nos detenemos. No porque quede dicho todo cuanto se refiere a la actualidad de la Iglesia y al trabajo de la Santa Sede con esta sencilla y rápida mirada. Aún quedan cosas por decir. Pero por ahora es suficiente con lo dicho.

Pero no podemos cerrar esta sintética descripción sin destacar cómo el intercambio de felicitaciones natalicias de la expresión de los mejores sentimientos ha llevado la voz del señor cardenal decano y la nuestra a la observación de ciertos aspectos reales y actuales de la Iglesia, con el habitual encuentro de sus alegres y tristes sucesos, de sus necesidades, de sus progresos y de su sufrimiento. Pero, sobre todo, vemos cómo dos grandes líneas posconciliares señalan el rostro actual de la Santa Iglesia: aparecen con una evidencia muy consoladora. La primera es la de su renovación moral y espiritual, la de la búsqueda de su autenticidad en la fe y en la caridad, en el seguimiento, más en la presencia de ella misma, de Cristo, su fundador, su maestro, su redentor y de su vitalidad, de su santidad en el constante cumplimiento de su misión y en la amorosa espera de su consumación escatológica con el encuentro gozoso de su amadísimo señor Jesús, y la otra línea, la de un nuevo, más próximo, más ejemplar, más benéfico, más apostólico y al mismo tiempo

más modesto y más espiritual contacto con el mundo moderno; vemos el esfuerzo de acercamiento apostólico, que va desde los hermanos, cuya reconciliación y comunión estamos promoviendo, a todos los hombres de nuestro tiempo; cercanos o lejanos; pequeños y grandes; entusiasmados por su progresivo dominio del mundo exterior, o decepcionados y desesperados de no poseerse verdaderamente a sí mismos y a la vida en su verdad y en su plenitud; absorbidos por el trabajo y por los enormes problemas sociales que surgen, o aprobados con los sufrimientos y las tentaciones de la existencia humana; todos, con un nuevo compromiso de amor y de servicio, están hoy en el corazón abierto y vivo de la Iglesia, consciente de sus limitadas dimensiones, pero también segura de su vocación para la salvación de toda la humanidad.

No podemos evitar, ante tal visión, una impresión embriagadora y extasiante de belleza: la Iglesia católica, esta Iglesia, a la que tenemos el honor y la suerte de pertenecer, y el deber de servir; esta Iglesia, a la cual, precisamente porque está llamada a una perfección que las fuerzas humanas no pueden nunca alcanzar, toda crítica, toda desconfianza, toda benevolencia, están cada día llegándole de todas partes; esta Iglesia, estructurada así como lo está histórica y canónicamente, nos muestra algo, hoy más que nunca, de su belleza espiritual: los signos, los gemidos, los dones del Espíritu Santo, a quien observe con atención, aparecen también sobre su rostro humano, todavía surcado de arrugas, de sudor, de lágrimas y de sangre, pero vivo de gracia y de verdad, y dejan entrever aquella su belleza total en la caridad y en la santidad, que un día se manifestará; y por eso inducen a celebrar a nuestra queridísima Iglesia como la humanidad nueva que Cristo naciendo fundó.

En esta visión, presente y futura, de la belleza de la Iglesia se levantan nuestros votos natalicios, y sobre todos vosotros desciendan con nuestra bendición apostólica.

V

AL CUERPO DIPLOMATICO EN LA NOCHEBUENA

Excelencias, queridos hijos, hermanos y amigos:

Hénos aquí de nuevo reunidos, en la sugestiva intimidad de esta liturgia nocturna, para celebrar a una el mayor acontecimiento de la historia del mundo, a los ojos cristianos; acontecimiento que el evangelista resumió en una fórmula que ha cruzado los siglos y ha nutrido la meditación de innumerables generaciones: "El Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros" (Juan 1, 14).

La vida y la misión de Cristo, sus sublimes enseñanzas, la salvación que trae al mundo, todo comienza en un establo, en el corazón de una noche de invierno, en un oscuro pueblecito de Palestina.

Cuando el espíritu del hombre moderno, abarcando con una mirada el desarrollo del cristianismo a lo largo de estos veinte siglos se detiene a con-

siderar la inseguridad, la debilidad, la insignificancia de estos comienzos, queda sobrecogido por el prodigioso contraste que se ofrece a sus ojos. A los ojos humanos, qué cosa más irrazonable que haber emprendido la gran obra de la salvación del mundo con medios aparentemente tan débiles, tan desproporcionados con el objeto a conseguir: un niño pobre, en un pobre pesebre, en una pobre aldea, alejado de todas las grandezas del mundo, un niño aparentemente sin fuerza, sin prestigio, sin autoridad...

Pero como dice enérgicamente San Pablo, "la locura de Dios es aún más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Cor. 1, 25). Con Cristo, en la noche de Navidad, penetra en el munda una semilla destinada a convertirse en gran árbol, una levadura capaz de fermentar toda la masa humana. El extraordinario movimiento espiritual que nace este día y que atravesará los tiempos y los continentes, esta inmensa empresa de salvación, de la que será instrumento la Iglesia, ¿cómo explicarla si no como el crecimiento continuo de una semilla inicial, como el desarrollo progresivo de un fermento prodigiosamente poderoso?

La universalidad del cristianismo

Y, sin embargo, si apartando su mirada del pasado la pone en el universo que le rodea, el hombre de nuestro tiempo no puede menos que descubrir inmensas zonas del mapa mundial en que esta semilla del cristianismo parece haber sido sofocada o no haber conseguido penetrar y echar raíces. Puede presentársele una duda: ¿este fermento es realmente capaz de fermentar toda la masa humana? ¿Es realmente para toda la humanidad? ¿Es luz y salvación para todos? ¿No será simplemente una gran corriente de pensamiento y de acción admirable, ciertamente, y poderosa indudablemente, pero destinada, a pesar de todo, a ser patrimonio de algunas naciones privilegiadas, de algunas formas de civilización, donde encontró en el pasado terreno favorable para su desarrollo?

La objeción, para el que cree, se desvanece con la claridad que hoy difunde la gruta de Belén. No tengamos miedo, el mensaje de salvación que trae este Niño es universal. Estos labios, que no pueden todavía hablar, pronunciarán un día las palabras decisivas, que labios humanos jamás pudieron ni osaron pronunciar: "Yo soy la luz del mundo" (Juan 8, 12). "Id, enseñad a todas las naciones" (Mateo 28, 19).

A todas, y no a unas cuantas ¿si existen algunos puntos en el tiempo y en el espacio que ponen obstáculos a la penetración o al arraigo del mensaje de verdad y de vida, es por ello menos válido y eficaz?

La Iglesia lo ha dicho muchas veces por boca de sus Pontífices, y recientemente todavía con claridad, por boca de sus obispos reunidos en Concilio: el mensaje cristiano acepta todos los valores humanos y religiosos, donde quiera que se encuentren, y los lleva a su plenitud. Se presenta no como enemigo o como competidor, sino como amigo de todo lo que el espíritu humano ha producido grande, hermoso y verdadero, en todos los tiempos y en todos los países. Su riqueza es tal, que es capaz de dar a cada hombre, a cada nación, a cada civilización, lo que falta a su perfección. El encuentro con Cristo, no es empequeñecimiento ni empobrecimiento, es un enriquecimiento de la más alta calidad, es el acceso a la plena madurez, la promoción a la plenitud de

la edad adulta ofrecida a los hombres y a los pueblos. Lo que el Niño de Belén trae al mundo, es algo que el mundo no era capaz de darse a sí mismo, algo completamente nuevo.

La historia moral y religiosa de la humanidad ha conocido ciertamente, en Oriente y en Occidente, extensos movimientos espirituales que han marcado a las almas, arrastrando multitudes, imponiendo su signo en grandes sectores de la geografía humana. Esfuerzos —muchas veces admirables— del hombre que trata de elevarse a una sabiduría superior, liberarse de debilidades y trabas de su condición tererna, pero esfuerzos puramente humanos.

Aquí no es el hombre quien trata de elevarse hacia Dios, es Dios quien desciende al hombre para hacerle ascender hacia El, liberarlo y salvarlo. Es Dios quien toma la iniciativa, Dios que irrumpe en la historia humana. Esta es la buena nueva —este es el sentido de la palabra griega "evaggelion"— que se anuncia hoy a toda la tierra. El Evangelio es "la nueva" por excelencia, puede decirse que la única novedad verdadera qeu se haya verificado alguna vez en la larga y laboriosa historia espiritual de la Humanidad. A la lasitud, al envejecimiento del mundo pagano, Cristo trae algo enteramente nuevo: la liberación y la salvación venidas de lo alto. Libera al hombre de sí mismo, de su miseria fundamental, de sus malas inclinaciones, de sus pecados y de sus vicios, y hace de él un hombre nuevo, asociado a su vida divina.

El cristianismo, religión personal

San Pablo, cantor incomparable de esta liberación del hombre con Cristo, escribirá, transportado de agradecimiento y de amor: "Me amó y se entregó por mí" (Gálatas, 2, 20). Cada uno se ve señalado aquí personalmente. No se ofrece la salvación a una humanidad genérica y abstracta, sino a cada persona en particular; Cristo viene a colmar mis necesidades, mis deseos, mis aspiraciones más profundas. Y las energías nuevas que pone en el corazón del hombre van a ejercer su bienhechora influencia en toda la sociedad. Nuestro mundo moderno, atormentado por tan angustiosos problemas; este mundo en el que se trabaja, en el que se sufre, en el que se suspira por la paz, debe volver sus ojos al Niño del pesebre y acoger su mensaje. Es para él el camino de la salvación, de la felicidad y de la verdadera paz. Es la nueva esperanza del mundo, el anuncio de una plenitud y de una alegría sin fin.

Estas son, excelencias, queridos hijos y hermanos, algunas de las breves reflexiones que puede sugerir el misterio de Navidad meditado por un hombre del siglo veinte. Y ante vosotros —que llegáis procedentes "de todas las extremidades de la tierra" (Cfr. Hechos, 1, 8), puesto que representáis aquí a las naciones y a los pueblos—, y en este marco de la capilla Sixtina, donde el genio de Miguel Angel plasmó toda la historia del mundo, esta meditación adquiere unas dimensiones que crecen y se extienden hacia el infinito..., ¿pero no es precisamente el infinito lo que abarca la mirada del recién nacido, que trae, en esta noche de Navidad, la salvación del mundo? Acojamos esta salvación porque bajo las huellas de quien quiso ser llemado "Hijo del Hombre" se oculta el esplendor de la divinidad: El es el Hijo de Dios vivo, y la luz del mundo, el Señor de las Naciones, el "Verbo que se hizo Carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad". Amén.

VI

ALOCUCION EL DIA DE NAVIDAD

Hermanos e hijos que nos escucháis en la fiesta de Navidad:

Os vamos a repetir, haciéndolo nuéstro, el mensaje del Angel en la bienaventurada noche del nacimiento de Cristo: "Os anuncio una gran alegría". Sí, hermanos e hijos carísimos, una gran alegría: la Navidad es la fiesta de la alegría de los corazones, del gozo de las familias, del disfrute de la vida, que la sociedad busca y se concede. Miramos con agrado, bendecimos esta alegría, que caracteriza la Navidad y quiere dar a los hombres conciencia de su destino a la felicidad, y trata de procurarles algún momento, alguna experiencia de tranquilo y honesto bienestar. Reivindicamos para la Navidad de Cristo la razón y el mérito de hacer al mundo feliz; y si alguna vez se le ha imputado a la religión cristiana, que predica como única salvación la cruz, la culpa de hacer triste y desdichada la vida, nosotros repetimos las palabras evangélicas: la venida de Cristo al mundo es fuente de verdadera y gran alegría; la felicidad, la plenitud de vida, la certeza de la verdad, la revelación de la bondad y del amor, la esperanza que no engaña, la salvación, en una palabra, a que aspira el hombre, se nos ha concedido por fin, está a nuestra disposición; y tiene un nombre, un solo nombre: Jesucristo. El es el profeta de las bienaventuranzas, el consolador de las desventuras humanas, nuestra paz, porque El, solamente El, es el camino, la verdad y la vida. El Evangelio, la buena nueva, el anuncio que convierte en alegría, en verdadera alegría, todo el trabajo humano, resuena todavía hoy sobre la tierra; nosotros lo repetimos, dichosos de ser su eco fiel; proclamamos que la venida de Cristo entre nosotros es nuestra fortuna, nuestra felicidad.

El hombre en busca de la felicidad

Esta palabra "felicidad", todos lo saben, es de las más usadas y empleadas en la conversación humana; los antiguos componían tratados de filosofía de la vida; los modernos prefieren intentar, a veces con desmedida audacia, su experiencia; existe hoy en muchos ambientes un frenesí de felicidad, de intensidad de goce, de "dolce vita"; se confunde la felicidad con el placer, y el placer con la saciedad de la comida terrena; también el trabajo, la forma más noble de la actividad humana, pretende a veces convertirse en un bienestar edonístico, que termina por desacreditarlo y devaluarlo. El corazón del hombre, lo sabéis, peregrino errante hacia esta inmediata y autosuficiente felicidad, externa o interna, en lugar de cantos de victoria, lanza gritos de exasperación y desesperación: quizá nunca como hoy la voz humana, nos referimos al pensamiento, a la literatura, al arte, ha sido tan pesimista; al paso que el mundo ha logrado sus modernas y maravillosas conquistas, el espíritu del

hombre ha experimentado la vanidad de las cosas, y ha perdido el lenguaje de la verdad de las cosas supremas, la confianza en la inmortalidad y en los mesianismos del progreso y del nuevo humanismo. Sería demasiado largo razonar estas principales orientaciones del hombre moderno, y tampoco este es el momento de hacerlo; pero podemos concluír que él, el hombre moderno, ha avanzado enormemente en las formas para conquistar y gozar del mundo en que se encuentra viviendo, pero ha perdido las razones verdaderas y profundas que proporcionan a la vida valor, significado, felicidad. Por ello se atreve con frecuencia a denunciar el engaño y el absurdo de la existencia humana.

Hermanos e hijos. Quien sigue a Cristo, como El mismo nos aseguró, no camina en la tiniebla. Cristo es la luz del mundo. Y a quien mira hacia El se le iluminan los senderos de la vida. Senderos ásperos y angostos, a veces; pero senderos seguros, que no nos apartan de la meta; la meta de la verdadera felicidad.

El gozo cristiano

Este es hoy, repetimos, nuestro anuncio navideño, el del gozo cristiano. Modera y, a veces, castiga las formas del gozo profano; pero compensa ampliamente esta austeridad con la certeza, ante todo, de la sabiduría superior que informa la vida; y luego añade el sentido de la proporción restablecida entre el deseo humano, volcado hacia el infinito, y el arte de conseguir lo que se desea; también el gozo cristiano descubre el secreto de hacerse encontrar en todas partes; en las pequeñas cosas cotidianas, en el pan doméstico, en el trabajo humilde dignificante y honesto, en el amor puro y fiel, en la satisfacción de hacer buenos y felices a los demás, en sufrir algo con Cristo. Realiza el prodigio que hoy muchos no saben realizar, fundir en los mismos sentimientos y en los mismos actos lo apetecible y el bien, lo bello y lo bueno, la alegría de vivir y la virtud de vivir dignamente. Hermanos e hijos, no os entretenemos más; pero renovamos nuestro augurio, el de descubrir en la Navidad la verdadera fuente, le verdadera razón de la auténtica felicidad. Y puesto que no habría verdadera felicidad sin paz, la paz del corazón (como hemos dicho en nuestro radiomensaje navideño), y la paz entre los hombres (objeto de otros muchos actos y discursos nuestros), nuestro augurio de hoy se integra precisamente en el augurio renovado de la paz; gozo y paz es el voto repetido por el apóstol Pablo (cf. Roms. 14, 17; Gálatas 5, 22); sea también ahora nuestro voto para vosotros y para el mundo mientras tenemos puestas en la paz, en estos días, nuestras ansias, nuestras preocupaciones y nuestras esperanzas.

Cristo es nuestra felicidad y nuestra paz, porque es nuestro Salvador. Y por ello con estos votos de felicidad y de paz en el corazón, os auguramos una feliz Navidad, y os bendecimos a todos en el nombre de Cristo.

(A continuación el Papa repitió en italiano, francés, inglés, español, alemán, portugués, polaco, griego y ruso la siguiente felicitación):

Felices Navidades en la paz y alegría de Cristo.

VII

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 26 DE DICIEMBRE

Queridos hijos e hijas:

Tened la seguridad de que todos sois acogidos con gran complacencia; os saludamos a todos y os bendecimos. Esta audiencia general, que el Señor nos permite ahora reanudar, es cada vez más una parte importante y casi preponderante de nuestro ministerio apostólico; lo que en otros tiempos tenía carácter ocasional y complementario en la actividad del Papa adquiere cada vez más carácter habitual y esencial de su servicio en el centro de la Iglesia de Dios. Los contactos con los fieles de todo el mundo se hacen cada vez más frecuentes y obligados; y si esto proporciona un cierto aumento a nuestro trabajo, crece, sin embargo, su irradiación y, con la ayuda de Dios, su fecundidad. Consideramos una bendición este desarrollo de las relaciones directas con el pueblo de Dios y nos proponemos corresponder a El con todo nuestro empeño pastoral. Por ello, os saludamos y acogemos, queridísimos visitantes, con el corazón alegre y abierto, con agradecimiento paternal por vuestra venida, con vivísimo deseo de despediros, contentos y pensativos, de este breve, pero significativo encuentro.

También tenemos que manifestaros que la visita de tantos hijos queridos despierta en nuestro espíritu la reflexión sobre los nuevos aspectos que el último Concilio ha querido considerar e ilustrar exponiendo su doctrina sobre el pueblo de Dios, del que formamos parte todos los que estamos en la Iglesia (Cfr. Lumen Gentium, núm. 32), y dictando la doctrina del laicado para evidenciar las prerrogativas que se le han de reconocer, y que pueden resumirse en dos capítulos, en los cuales puede encerrarse la llamada "teología del laicado": es decir, el puesto que ocupan en la Iglesia de Dios y la actividad eclesial y apostólica a que, hoy especialmente, están llamados.

Las prerrogativas del laicado

Como ciertamente sabéis, estas prerrogativas han tenido amplísimo eco en varios documentos del Concilio, y no podemos olvidarlas, cuando tenemos, como hoy, la fortuna de un breve diálogo con hijos fieles que se aprietan en torno a Nos. Viene a nuestra memoria todo cuanto el Concilio ha dicho sobre la dignidad de los cristianos, sobre los dones que el Espíritu Santo les concede, sobre su vocación a la perfección, y nos parece que la audiencia se ilumina con luz sobrenatural y vibra con fervor espiritual. Aquí tenemos que decir lo que pensamos de vosotros, con gozo, con alegría, con agradecimiento al Señor, viendo en cada uno de vosotros a un hijo de Dios, a un hermano de Cristo, a a un ser habitado por el Espíritu Santo, llamado a la santidad y a la salvación, y comtemplando en esta sencilla reunión una imagen de la Iglesia, de la unidad y de la caridad que funde en un solo Cuerpo Místico de Cristo, a cuantos pueden gloriarse con derechos del nombre cristiano. La audiencia entonces, más que consistir en nuestra presentación, nos sirve de tema de meditación, que vosotros ofrecéis a nuestra atención por la hermandad y la paternidad que nos une a vosotros y que vosotros, viniendo a visitarnos, despertáis en nuestro corazón.

En esta corriente de pensamientos, que vosotros despertáis en nosotros, prevalece uno, el de vuestra funcionalidad en la Iglesia de Dios. Ha sido tema dominante y corriente en las audiencias la devoción al Papa, motivo principal de la venida a su casa y de la respuesta que el Papa daba a este acto filial. Ahora se suma otro tema al primero; es el de la funcionalidad, es decir, de la actividad, de la misión, del servicio que nuestros visitantes ejercen en la comunidad eclesial. Esta advertencia es obvia para quienes, con su hábito y su profesión, evidencian esta funcionalidad; vosotros, especialmente sacerdotes y religiosos, que os presrentáis como miembros activos de la Iglesia. Pero. después del Concilio, se extiende a todos los visitantes con una pregunta secreta: ¿qué hacéis vosotros en la Iglesia, por la Iglesia?, ¿por su misión, por el reino de Dios, por vuestra salvación y la de vuestros hermanos en la sociedad en que os encontráis?, ¿sois activos y apóstoles?

Un gran principio de Pío XI

Hay que recordar el gran principio, reafirmado por el Concilio y —lo recordamos— enunciado ya por nuestro gran predecesor Pío XI, de venerada memoria: "la vocación cristiana es por su naturaleza también vocación al apostolado" (Apostolican actuositatem núm. 2). "En el Cuerpo de Cristo, la Iglesia —prosigue el Concilio— todo el Cuerpo y, según su energía, cada miembro contribuye al crecimiento del cuerpo mismo" (Cfr. Efesios, 14, 16). Gran principio —decíamos—, de cuya aplicación debe brotar la renovación y la expansión de la Iglesia. Bellísima, pero tremenda verdad, especialmente para vosotros, seglares, que os honráis en la reafirmación de este criterio constitucional eclesiástico; nadie es inútil, nadie puede ser del todo pasivo, nadie puede permanecer inerte e insensible en la vida de la Iglesia; todos y cada uno deben hacer algo por ella, por el doble fin por el que ha sido instituída: la salvación de las almas (además de la gloria de Dios, primerísimo fin) y el bien, incluso temporal, de la sociedad, siempre en orden con los principios cristianos. Se trata de un derecho y de un deber al mismo tiempo, cada seglar católico, cada hijo fiel de la Iglesia puede y debe ser operante en el seno de la Iglesia misma. Pensadlo bien. Este principio del apostolado de los seglares, de todos los seglares fieles a la Iglesia, puede tener grandes consecuencias en cada alma en las comunidades parroquiales, en la sociedad y en el mundo. Todavía está arraigada en la mentalidad de mucha gente, incluso en la de aquellos que "van a la Iglesia", la falsa persuasión de no tener ninguna responsabilidad con ella: "Yo no me meto", dicen muchos; "yo no quiero problemas ni obligaciones particulares, quiero estar libre con mis ideas y mis acciones". Que no sea así.

Pues bien, hijos carísimos, que el recuerdo de esta audiencia sea como el llamamiento que el Papa, con los documentos del Concilio en la mano os dirige a todos vosotros; amad a la Iglesia, estad con ella, haced algo por ella,

sed cristianos auténticos, alegres y orgullosos de estar asociados ,mediante la Iglesia, a la misión salvadora de Cristo en el mundo.

Que nuestra bendición fecunde en vosotros estos pensamientos.

(A continuación, el Papa se dirigió en francés a un grupo de estudiantes del Congo, Ruanda y Burundi, con las siguientes palabras):

Presentamos nuestros deseos de paternal bienvenida a los religiosos y seglares del Congo-Kinshasa, de Ruanda y de Burundi que acaban de terminar un período de perfeccionamiento de seis meses en Europa y vuelven a sus países respectivos en que habrán de asumir importantes responsabilidad en la enseñanza.

Conocéis, queridos hijos, el afecto que sentimos por vuestro grande y noble continente. Hemos tenido ocasión de manifestarlo recientemente en nuestro mensaje "Africae Terrarum". También gustosos os animamos a trabajar con todas vuestras fuerzas en la educación humana y cristiana de los niños y de los jóvenes que os serán confiados. Que la gracia del Señor y nuestra bendición de Padre os acompañe siempre y en todas partes.

VIII

CON MOTIVO DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

Hermanos e hijos. ¡Hombres todos que nos escucháis!

¡Paz! ¡Paz! os anunciamos; paz, paz para el nuevo año os auguramos. Paz a vosotros aquí presentes, ciudadanos de Roma, cuya civilización quiso expresarla y sancionarla en su "Pax Romana", fundada sobre la extensión universal de la igualdad de los derechos de sus ciudadanos, orgullosos y libres en la sabiduría dinámica de sus ordenamientos jurídicos; sed conscientes y dignos de tan gran herencia. También a vosotros, visitantes de la urbe, huéspedes, peregrinos, reunidos aquí de Italia y de cualquier otro país, y aquí unidos, no como extraños, sino como amigos, en esta afirmación fraterna inspirada en un alto y común sentimiento humano. Y paz a todos aquellos que han acogido nuestra invitación de dedicar a tan gran ideal de la paz este primer día del año civil, queriendo crear una esperanza y un compromiso para cada día y para cada actividad del tiempo que viene: os lo agradecemos a todos, especialmente a vosotros, guías de las naciones; a vosotros, magistrados de la Justicia; a vosotros, profesores e investigadores de la verdad y de la cultura; a vosotros, antiguos combatientes, que por las cicatrices físicas y morales abiertas en vuestra carne y en vuestro espíritu por las últimas guerras, mejor que nadie sabéis el valor que tiene la conquista de la paz; a vosotros, jóvenes, trabajadores, gente del pueblo, sincera e intuitiva para lo que es verdaderamente bueno para la sociedad moderna; a todos os agradecemos vuestra adhesión a esta cordial celebración de la paz.

Doquiera resuena hoy este nombre bendito llegue nuestro saludo fraterno, y nuestro augurio de paz, con todo cuanto la paz debe llevar consigo: el orden, la serenidad, la alegría, la fraternidad, la libertad, la esperanza, la energía y la seguridad del buen trabajo, el propósito de recomenzar y de progresar, el bienestar sano y común, y aquella misteriosa capacidad de gozar la vida descubriendo las relaciones con su íntimo principio y con su fin supremo: el Dios de la paz.

Dificultades y peligros contra la paz

Con esto quedaría dicho todo en este inmenso y formidable tema. Si no fuera que solo con pronunciar y repetir esta fatídica palabra: paz; palabra amiga y humana como ninguna, un sentimiento nace en nuestro espíritu que no podemos ocultar precisamente porque intenta ahogar nuestro grito de paz y desengañar la esperanza que lleva consigo. Es el sentimiento de las dificultades que se oponen a la consecución de la paz. Las presentes condiciones del mundo descubren y motivan estas dificultades con una fuerza que hace que parezcan fatales e insuperables: la paz, por ejemplo, hoy no existe en varias partes del mundo, y particularmente en una región muy apartada de nosotros en el espacio, pero muy cercana espiritualmente; vosotros sabéis bien que aludimos al Vietnam; y mietras en el examen desapasionado de los intereses civiles que están en juego y del honor de las partes contendientes nos parece que la vía de la paz está todavía abierta y es posible, aunque compleja y gradual, nuevos obstáculos terribles aparecen y complican con nuevos problemas y con nuevas amenazas el intrincado problema, aumentando peligros, rencores, ruinas, lágrimas y víctimas.

Nos quisiéramos conjurar la tremenda calamidad de una guerra que crece, de una guerra sin fin. Nos atrevemos a exhortar a las potencias implicadas en el conflicto a intentar todo acto que pueda conducir a la solución honorable de esta dolorosa situación; la misma exhortación dirigimos a las instituciones internacionales, en la medida que nos es posible. Y conjuramos otra vez a las partes contendientes a llegar a una tregua sincera y durable en una lucha tan grave y despiadada; ¿no es un deseo de todos, y no es, por ventura, prácticamente posible que negociaciones leales devuelvan la concordia a los habitantes de aquel querido y gentil país, garantizando su independencia y libertad? Nos lo pensamos así: lo auguramos, "esperando contra toda esperanza". Nos alienta a ello la prolongación de algunas horas a la tregua de las armas, que ya está fijada para este principio del año, según el espíritu de nuestra invitación a la Jornada de la paz: pequeña señal, casi puramente simbólica, pero bastante cortés y significativa, que a Nos y a todos nos resulta muy agradable y como un presagio de acontecimientos mejores.

Las contiendas ideológicas

Este caso tristísimo del Vietnam basta para demostrar las dificultades de la paz, aun en el caso que pudiera ser alcanzada. Es difícil la paz cuando la contienda se vuelve ideológica. En estas circunstancias la confusión de los juicios y de las opiniones agrava la situación. El mundo mira, se apasiona, comenta y deplora, intentando comprender dónde está la justicia; y en la dificultad de encontrar una buena solución se da cuenta cómo crece la tenta-

ción de considerar la paz como una utopía: una gran utopía, digna de ser incluída entre las mejores energías que mueve la historia, pero destinada siempre a quedar fallida.

Este aspecto de la paz, esto es la dificultad de alcanzarla y de mantenerla, es el que principalmente nos mueve a hablar de ella y nos obliga a declarar, incluso contra toda apariencia, que la paz es posible siempre; la paz es siempre un deber. Esta confianza y este deber mueve nuestra campaña en favor de la paz. Sí, la paz es posible porque los hombres, en el fondo, son buenos, están orientados hacia la razón, hacia el orden y el bien común; es posible porque está en el corazón de los hombres nuevos, de los jóvenes, de las personas intuitivas del camino de la civilización; es posible porque la están reclamando las voces más queridas, las de nuestros hijos, las de las víctimas de los conflictos humanos, los heridos, los prófugos, los devastados, las de las madres que lloran, las de las viudas y las de los caídos; todas estas voces claman ¡paz!, ¡paz! Sí, es posible, porque Cristo ha venido al mundo y ha proclamado la fraternidad universal y ha enseñado el amor.

Necesidad de la paz interior

Ciertamente la paz es difícil muchas veces, a pesar de las buenas intenciones manifestadas, la paz, antes que en los acontecimientos y en las normas exteriores, debe encontrarse en los ánimos, donde anida el egoísmo, el orgullo, los sueños de potencia y de dominio, la ideología del exclusivismo, del atropello, de la rebelión, con la sed de venganza y de sangre.

Hermanos e hijos: la Jornada de la paz está encaminada a la superación de estas ideas inhumanas, de los instintos soberbios y de las pasiones belicosas, y a la formación de corazones fuertes en la bondad y en la comprensión de que todo hombre es hermano, que la vida humana es sagrada, que la magnanimidad del perdón y la capacidad de reconciliación es una gran habilidad social y política que lleva nuestros esfuerzos a la victoria de la paz.

¿Qué pueden hacer nuestros esfuerzos? ¿No son ellos también un inútil conato que se une al número de los intentos fallidos. Así sería, hermanos e hijos, si una fuerza superior, la de Dios, Padre bueno y misericordioso, no los inspirase y sostuviese. Este es un auxilio que la oración puede alcanzar y hacer descender sobre las contiendas humanas para que acaben de una manera impensada y feliz.

Por eso ahora os invitamos a unir vuestras voces y corazones en una oración unánime por la paz en el mundo.

¡Paz al mundo en el nombre del Señor!

IX

AL CUERPO DIPLOMATICO EN AÑO NUEVO

Os agradecemos, excelencias y apreciados señores, vuestra presencia aquí y vuestros votos, formulados, como siempre, con una gran delicadeza de sentimientos y de expresiones. Aceptad por vuestra parte los votos que formulamos desde el fondo de nuestro corazón para que Dios bendiga a vuestras personas y a vuestras naciones, y os conceda a todos un feliz año.

¿Pero qué es un feliz año para los diplomáticos? ¿Se puede, sinceramente y sin ironía, formular este deseo en el mundo de hoy? El espectáculo que tenemos ante nuestros ojos, a más de veinte años de distancia del fin de la segunda guerra mundial, ¿no parece demostrar el fracaso, al menos parcial, de la diplomacia, y hace dudar sobre su capacidad de lograr el reino del orden y de la paz entre los pueblos?

Tensiones en muchos países

Qué vemos, pues, en muchos países, desde hace veinte años, y a pesar de todos los esfuerzos de los diplomáticos, sino tensiones, gérmenes de mal entendimiento, una serie casi ininterrumpida de litigios, de guerras frías o calientes —estas limitadas en el eespacio, gracias a Dios pero graves por la permanente y terrible amenaza de extensión—; en suma, una especie de incendio arrollador, cuyos focos solo se extinguen en una parte del mundo para encenderse en otra. Casi se podía decir que un mal genio, un invisible director de orquesta, vigila en la sombra para que este fuego de la guerra no se extinga jamás entre los hombres.

No vamos a volver aquí sobre lo ya dicho en nuestro mensaje del primero de enero. ¿Pero podemos olvidar que en este mismo momento en que intercambiamos nuestros votos, a continuación de las fiestas radiantes que invitaban a la humanidad a la alegría y a la esperanza, un desdichado y querido país del sudeste asiático continúa siendo presa de una guerra horrible, para la que humanamente no se prevé una solución en un futuro próximo?

¿Será preciso resignarse con la fatalidad de la guerra, proclamar la debilidad o —si fuera preciso— la incapacidad de la diplomacia, considerarla como una institución venerable del pasado, que tuvo, ciertamente, horas de gloria, pero que ha pasado su tiempo, y no tiene sitio ya en este mundo, o, de todos modos, sus formas clásicas de otro tiempo deben ceder el puesto a los contactos imprevistos e inusitados? Habría que dejarla a un lado, como se sitúa en el museo un arma de guerra que el progreso de los armamentos ha hecho inútil.

Pero es demasiado evidente que lejos de resolver los terribles problemas del mundo moderno, no usar el recurso a las vías diplomáticas, no tiene otra consecuencia que hacerlos del todo insolubles.

El magnífico ideal de la lucha contra la guerra

¿Qué quedaría, pues, sino el recurso a la fuerza, y a una fuerza que ha adquirido en estos días tales proporciones que ha alcanzado, gracias al progreso de la ciencia, tales posibilidades de destrucción que su empleo podría llegar hasta poner en peligro la supervivencia de todo el género humano? Dilema terrible, y que no admite otra alternativa. Porque las relaciones entre los pueblos descansarán, necesariamente, sobre la razón o sobre la fuerza; se seguirá el camino de los acuerdos o el de la ruina; habrá diplomacia o habrá guerra. Y lo que nosotros quisiéramos ver dejado de lado, como institución desusada de otro tiempo, y que sería preciso decidirse en un buen momento a

colocar entre las antigüedades ya incapaces de resolver los problemas humanos de nuestra época, no es la diplomacia, apreciados señores, sino la guerra. Diciendo esto nos sentimos en profundo acuerdo con quienes, como vosotros, han dado su vida y consagran sus fuerzas a la consecución de este magnífico ideal de la lucha contra la guerra, que es como decir contra la locura de los hombres, para el triunfo de la razón y del derecho, para el advenimiento de una paz justa y duradera sobre la tierra.

La diplomacia no consigue siempre ni en todas partes —desgraciadamente lo vemos con demasiada frecuencia— crear o mantener la paz. Pero tiende a ello, trabaja por ello, a ello dedica sus fuerzas y su genio, creando sin cesar nuevas iniciativas, con una paciencia, una perseverancia, una tenacidad que reclaman admiración y que, en todo caso, la hacen acreedora del respeto y del agradecimiento de la humanidad, hoy como ayer.

La diplomacia de hoy debe estar animada de un elevado ideal moral

Hay, es verdad, una cierta forma de diplomacia que estaría bien considerarla como superada y abolida. La que va unida en la historia al nombre del demasiado célebre gentilhombre florentino Nicolás Maquiavelo; la que se podría definir como "el arte de tener éxito a todo precio", incluso a expensas de la moral; su único resorte es el interés; su único método, la habilidad; su única justificación, el éxito; no duda, desde luego, en servirse de la palabra, no para traducir, sino para enturbiar el pensamiento; en la acción no retrocede ante el empleo de la maquinación, de la astucia y del engaño.

Esta forma de hacer, ¿merece todavía el nombre de diplomacia? ¿No es más bien una forma degenerada, por no decir una caricatura indigna? Si estos métodos deplorables han podido, aquí o allá, pasar en otro tiempo con el nombre de diplomacia —pero de la misma forma que una mercancía fraudulenta se oculta bajo la etiqueta y apariencias de honestidad—, ¿es hacer prueba de expresivo optimismo considerar a la diplomacia de hoy libre, gracias a Dios, de muchas de estas debilidades y animada de un ideal moral más elevado? Está libre, es verdad, de un cierto formulismo, de escrúpulos de fidelidad a la etiqueta y al protocolo; ha renunciado a algunas formas externas. ¿Pero es que no le obstaculizaban hoy su marcha más que le ayudaban? En contrapartida, se plantea más directamente los problemas reales y concretos de la vida en sociedad, y ante todo el que, se puede decir, los capitanea a todos: el problema de la paz. El diplomático de hoy, consciente del estado de la humanidad, practica, más que el arte de salir airoso a todo precio, el arte —por otra parte difícil— de fundar y mantener un orden internacional, de instaurar relaciones humanas, razonables entre los pueblos. Ha conseguido muchas veces superar la estrechez de los antagonismos estériles de otros tiempos y se ha convertido, por excelencia, en el artesano de la paz, en el hombre del derecho, de la razón, del diálogo y del diálogo sincero. Porque la sinceridad nos parece inseparable de la verdadera diplomacia. Y si hemos de citar el catálogo de las virtudes del diplomático, le añadiremos la paciencia, porque la necesita mucho, quizá hoy mucho más que antes; le sumaremos también un realismo sagaz, que sabe tomar la medida exacta de lo posible y de lo imposible en unas circunstancias determinadas; y coronaríamos el edificio con la magnanimidad, que debe caracterizar en todas partes al hombre verdaderamente civilizado y penetrado de humanismo, especialmente si tiene el honor de ser cristiano.

Insertar en los objetivos y en los métodos los valores de orden espiritual y moral

Nadie tema, sin embargo, que el diplomático que acabamos de pintar pierda de vista, por exceso de idealismo, el interés de su país, que debe permanecer —a todo el mundo le conviene— en el primer plano de su horizonte. Este sentido del interés le será dado simplemente e integrado en el sentido objetivo de la justicia y de la equidad; en cierto modo, quedará universalizado. La opinión pública contemporánea no se equivoca en ello: el mejor diplomático, a sus ojos, es el que crea las fórmulas más amplias, los programas que se elevan por encima de los intereses limitados de una nación o de un grupo de Estados para conseguir la escala más vasta y mirar por el interés de todos, en beneficio común de la humanidad.

Sin duda, todos no alcanzan la altura de este ideal. ¿Quién puede sostener que la diplomacia de hoy está exenta de todo reproche? Pero el remedio de sus debilidades no es menos evidente; en la medida en que permita insertar cada vez con más amplitud, en sus objetivos y en sus métodos, los valores más elevados del orden moral y espiritual, podrá esperar verse libre de los defectos a que una institución de este tipo está casi fatalmente expuesta.

Si lo hace, si se propone ante todo y de forma verdaderamente desinteresada hacer reinar sobre la tierra el derecho, la justicia y la paz, entonces estará en profundo acuerdo con la Iglesia católica. ¿Quién se va a extrañar que el Papa no solamente haga este elogio delante de vosotros, sino que actúe personalmente por medio de instancias internacionales de gran altura, que recomiende y apoye sus mejores iniciativas, que se convierta él mismo en ellas, a veces, en embajador de la paz?

El verdadero diplomático, el que se inspira en criterios morales y mira por el verdadero bien de la comunidad internacional, tiene ya, a los ojos de la Iglesia —por emplear la célebre expresión de Tertuliano—, un "alma naturalmente cristiana". Sigue la escuela de Aquel que vino del cielo para traer la "paz a los hombres de buena voluntad". Trae consigo una preocupación por el derecho, una sed de verdad y de justicia que le emparenta con las bienaventuranzas del Evangelio y aseguran su dinamismo y —al menos a largo plazo— su éxito seguro.

"Tenemos confianza en la razón humana"

Ya lo veis, señores, como vosotros, tenemos confianza en la diplomacia y en su eficacia. Y si hablamos de esta suerte, no es, creedlo, por condescendencia —que estaría aquí fuera de lugar— con el auditorio tan particularmente calificado que constituís. Tampoco es por haber estado personalmente asociado durante largos años, bajo el pontificado de nuestro predecesor Pío XII, a los trabajos diarios de la diplomacia pontificia, sino porque tenemos confianza en la razón humana. Si la diplomacia es fiel al ideal moral, que hemos dicho, ¿qué otra cosa es que la aplicación, en el campo de las relaciones entre los hombres, de soluciones conformes a la razón, al sentido —innato en el hombre— del derecho y de la justicia, es decir, en definitiva, conformes con

lo que distingue al hombre, con lo que constituye su dignidad y su nobleza? Digámoslo sin miedo: desesperar de la buena diplomacia sería desesperar del hombre. Será preciso que un día la razón tenga la última palabra.

Los fracasos de la diplomacia —demasiado reales, por desgracia, lo decimos en todo momento—, no deben entibiar nuestra confianza, son, lo pensamos y esperamos, temporales. Nuestras oraciones y nuestros votos, como los vuestros, como los de todos los hombres de buena voluntad, estamos seguros, acelerarán la hora del triunfo y de la razón sobre la pasión, de la paz y de la hermandad sobre todas las formas de interés y de egoísmo. La victoria de la diplomacia, en nuestro mundo atormentado de hoy, será, en definitiva, la victoria de la cordura y del buen sentido.

Con esto queremos expresar el interés con que deseamos ver bendecidos por Dios los esfuerzos que realice, en favor de la paz del mundo, la diplomacia de vuestros países respectivos, a lo largo del año que acaba de empezar. Y nuestro pensamiento, lo entendéis sin lugar a duda, está puesto en estos momentos de una forma completamente especial en el Medio Oriente, en el Extremo Oriente asiático y en los países de Africa en que reina la discordia.

Trabajar por el ecumenismo y el desarrollo

Vuestro intérprete ha destacado, en términos demasiado laudatorios para nuestra humilde persona, la última iniciativa que hemos adoptado en este campo: la invitación a celebrar, el primero de enero de cada año, la jornada de la paz. Permitidnos deciros, para terminar, que nos hemos sentido sensibles a la acogida que los jefes de Estado, que representáis aquí, han tenido a bien dispensar a este mensaje. Hemos creído que debíamos a la gran causa de la paz esta tentativa.. Ciertamente —vuestro intérprete lo ha dicho también excelentemente—, este gesto no puede "alejar en un día el espectro de la guerra", y la paz externa será, en amplia medida, fruto de la paz interior. ¿Pero queremos decir que, mientras la guerra multiplica cada día sus víctimas, es preciso aguardar a que el espíritu de paz haya penetrado en todos los corazones para poner fin a los combates? Ciertamente que no. Es preciso, en el momento que se presenten, aprovechar las ocasiones de negociar. Y es necesario, al mismo tiempo, trabajar en las demás obras de paz, que ha mencionado muy oportunamente vuestro intérprete, y que llevan el nombre del ecumenismo y del desarrollo. ¡Ojalá, en todos estos campos, se multipliquen en todas partes, durante 1968, los esfuerzos de los hombres de buena voluntad! Que Dios se digne bendecirlos, como nosotros le pedimos en este instante que bendiga, excelencias y apreciados señores, a vuestras personas, a vuestros gobiernos y a vuestros pueblos. Y que se digne, en su bondad, concedernos a todos un año de tranquilidad, de bienestar y de paz.

X

A LAS AUTORIDADES DE ROMA

Nuestro agradecimiento, señor alcalde y miembros de la Junta municipal de Roma, por esta visita, de todos los años, pero siempre grata novedad por

las dignas personas que nos permite recibir y saludar, y por las vicisitudes de la urbe que cada año tejen su historia y nos hacen pensar, no solo en sus problemas contingentes e inmediatos, aunque graves y, por muchas razones, interesantes para Nos, sino precisamente en su historia, que de improviso se agiganta ante nuestra mirada y siempre descubre algún pliegue del velo que cubre su misterioso destino. Gracias, decismos, por esta visita, cuya primera novedad, cordial y feliz, es la investidura, que la confianza del Consejo municipal le ha conferido, de alcalde de nuestra ciudad, y que hace de usted, señor alcalde, digno sucesor del doctor Petrucci, a quien tuvimos el gusto de saludar en muchas ocasiones, siempre tan cortés y consciente de su alto oficio, en estos años de nuestro pontificado. Gracias por la ocasión que se nos brinda para expresarle nuestras felicitaciones y nuestros votos, y para acoger los augurios, de los más gratos de cuantos nos han dirigido, que nos ofrece la magistratura administrativa de la urbe con tanta gentileza y cordura, y para devolver los nuestros, vivísimos por ese amor, que, como ciudadano de adopción y ahora como obispo de Roma y heredero de su pontificado, sentimos por la ciudad eterna.

Sí, señor alcalde; sí, señores que lo acompañáis y compartís con él el honor y el peso de la administración de la ciudad; nuestros votos por vuestras personas y vuestros cargos brotan verdaderamente del corazón y están llenos de un complejo de sentimientos, que no nos atrevemos a mencionar todos, pero que creemos vosotros intuís y apreciáis fácilmente. Ante todo dicta estos votos un sentimiento de gran respeto, que linda con la admiración; saber que a vosotros os corresponde interpretar, tutelar y servir los intereses de una ciudad como Roma, nos obliga a expresaros nuestra confianza, nuestra complacencia y nuestra comprensión por la dignidad, por la grandeza, por la complejidad, por la dificultad, por la utilidad del cargo que desempeñáis; sabemos cuánto espera de vosotros la ciudad; sabemos lo que nosotros mismos estamos interesados en este arte administrativo y nos es un gran placer escuchar en las palabras que acaba de pronunciar el señor alcalde la voz de la alta conciencia, que guía y sostiene vuestro trabajo.

Complacencia y esperanzas

Un segundo sentimiento inspirador de nuestros augurios ese el gozo por vuestra conciencia en el cumplimiento de vuestras funciones. El discurso del señor alcalde nos confirma la intensidad de atención, de estudio, de trabajo, que exige la administración ciudadana; tenéis los ojos abiertos, el espíritu firme, propósitos concordes, una voluntad decidida por la solución de los problemas propios de una metrópoli en fase de rápido e incesante desarrollo; vosotros tenéis, como la Roma de las medallas del emperador Nerva, el timón en las manos. Tenéis sentido de vuestros deberes. Está bien. ¿Cómo no sostener con nuestros votos este sentido cívico que os califica, verdaderamente, como romanos y que responde a las más imperiosas exigencias de la ciudad?

Pero, al decir esto, un nuevo sentimiento se apodera de nuestro espíritu; un sentimiento de temor por el cúmulo de cualidades y virtudes que este sentido del deber cívico exige de vosotros. Los graves y múltiples problemas en que estáis empeñados, nos hacen temer por vosotros; problemas administrativos (conocemos algunas cifras terribles de vuestros balances); problemas ur-

banísticos (¿cómo afrontar la expansión de una ciudad tan exigente por la dignidad de su historia y de su arte, y tan invadida por un flujo de población solamente rica en necesidades y derechos?); problemas sociales (Roma se trasforma en su composición étnica, en sus formas de actividad, se sabe industrial, democrática y moderna; necesita escuelas, campos de trabajo, una nueva asistencia sanitaria y social, etc.); problemas espirituales (¿cómo conservar su nivel moral, cómo educarla para comprenderse a sí misma en la profesión secular de su fe religiosa?); problemas superiores e indefinibles (¿cómo alimentar en Roma el sentido histórico de su cultura y de función civil en el mundo?). Enormes problemas, enormes deberes. ¿No tenemos razón al temblar por vosotros y con vosotros?

Fuerzas y talento para la solución de grandes problemas

Pero, precisamente por este temor, nuestros votos son más intensos. Y también más confiados. Porque se fundan en dos esperanzas, a las que nos place atribuír un éxito infalible. La primera esperanza es la de que vosotros tenéis un gran, un grandísimo amor a Roma, que posee la virtud secreta de capacitaros para esos grandes deberes, de proporcionaros fuerzas, talento, inspiración para la solución de esos grandes problemas. No solo porque el amor agiganta las fuerzas, aguza el ingenio, duplica la resistencia, y encuentra seguidores y ayudas; sino porque el amor a Roma ejerce un influjo especial corroborante en quienes lo alimentan con estudio y servicio a esta misteriosa ciudad. Permítasenos, por brevedad, expresar nuestra opinión con la ayuda de un hombre singular, fascinado por el encanto, que podríamos decir pedagógico, de Roma: es Goethe que escribe en su diario de viaje por Italia: "Quien dirige una mirada pensativa a Roma, debe experimentar solidez, debe hacerse una idea de la solidez más vital que jamás haya vivido. El espíritu recibe una impronta vigorosa, llega a la gravedad, sin pasar por la aridez, a la calma y al gozo. En cuanto a mí, al menos, veo que nunca he juzgado con tanto equilibrio las cosas de este mundo" (10 de noviembre de 1786). Y luego: "Roma es, para mí, la gran escuela de todo el mundo y yo mismo me siento iluminado por ella. Estas palabras de Winckelmann responden exactamente a mi sistema de observación y, ciertamente, no se puede tener, fuera de Roma, ninguna idea de la enseñanza que de ella se saca" (13 de diciembre).

Voz de poeta, se dirá; pero está en pie el hecho de que Roma infunde a quien cultiva su amor fuerzas espirituales y poderosas, y no solo ayer, sino siempre.

La latinidad posee riquezas humanas incomparables y eternas. ¿No es, quizá, por esta razón, incluso prescindiendo de la misión religiosa de la Roma cristiana, que Roma se define como la "Ciudad eterna"? Bajo este aspecto —sea dicho de paso "sine ira et studio"— la abolición práctica del estudio de la lengua latina en las escuelas secundarias parece una ofensa a Roma y una autolesión de la civilización romana. Pero de todas formas creemos que vosotros, guardianes de los tesoros antiguos y forjadores de las nuevas fortunas de la urbe, no sois solo administradores, cultivadores, amadores y que, por ello, sabéis encontrar en el cumplimiento de vuestro árduo oficio energías iguales a las dimensiones, de por sí muy desalentadoras, de sus necesidades.

El designio divino sobre la Ciudad eterna

La otra esperanza, de muy distinta naturaleza que la primera, se funda en el hecho de que sobre el destino de Roma descansa un designio divino, por la elección que la providencia ha hecho de esta ciudad como centro de la catolicidad. Vosotros lo sabéis; es suficiente con haberlo mencionado. Pero la conclusión es esta: no puede faltar a Roma, con que solo lo quiera, con que no lo rechace, el concurso trascendente y, a la postre, victorioso de todas las dificultades, de la asistencia divina. Nos place destacar a este respecto por algunos hechos significativos —como es el que tanto apreciamos del favor prestado por el Ayuntamiento para que cada nuevo centro urbano tenga su centro religioso, su parroquia— y por las autorizadas palabras ahora pronunciadas por el señor alcalde, que vosotros sois conscientes de este hecho y dáis con obras dignas noble testimonio de ello, sin que esto dé lugar a equívocos temporalistas ni... "clericales". Mantener a Roma su carácter coherente y moderno de ciudad católica, cuando este carácter tiene un claro precedente en la historia y en el espíritu del pueblo romano, es uno de vuestros deberes; uno de esos deberes que dará, precisamente por su cumplimiento, energías incalculables a la urbe, y la favorecerá con toda seguridad con la "dignitas" que agradaba el Petrarca, la prosperidad y la cultura que agradan a los hombres de nuestro tiempo.

He aquí nuestra esperanza; he aquí nuestro voto para el año nuevo y los venideros.

Los siniestrados de Sicilia

Aquí termina nuestro pequeño discurso. Pero necesita hoy un apéndice; un triste, un amargo apéndice, la mención del desastre que ha sufrido, con el terremoto, una región que ha tenido con Roma desde la más remota antigüedad relaciones muy estrechas e importantes; dicen que Sicilia era el granero de Roma, y no solo de pan material. No podemos celebrar este momento gozoso de mutuos augurios sin enviar un pensamiento de afecto y solidaridad a la isla desgrarrada, deseando que el terrible terremoto termine rápidamente y que tenga en una nueva y mejor prosperidad, su epílogo deseado.

La bendición que os vamos a impartir, quiere extenderse del pueblo de Roma al de Sicilia, y quiere augurar paz y bienestar para el mundo entero.

XI

EN LA FIESTA DE LA CANDELARIA CON OCASION DEL OFRECIMIENTO DE LOS CIRIOS

Gracias, hijos carísimos, por vuestra presencia en esta tradicional ceremonia de la Iglesia romana; una presencia que nos proporciona el placer de ver

reunidos en torno a Nos a los representantes del clero diocesano y religioso de tantas instituciones eclesiásticas florecientes en esta siempre bendita urbe católica. No es frecuente un encuentro semejante (la palabra "encuentro" nos recuerda la definición primitiva de esta fiesta, llamada precisamente hipapante, esto es, occursus, encuentro de Nuestro Señor, el Niño Jesús, con los dos ancianos personajes proféticos, recordados en el Evangelio de San Lucas, Simeón y Ana, como para significar el encuentro del Antiguo Testamento con el Nuevo). Nuestro encuentro, en cambio, ofrece a los presentes una imagen incompleta e imperfecta, pero, no obstante, significativa de tantas y diversas corporaciones eclesiales que constituyen la comunidad católica de la ciudad de Roma. Roma hoy se muestra en este lugar como una familia; se goza de sentirse un cuerpo místico con muchos miembros, distintos por su peculiar fisonomía histórica, espiritual y funcional, todas articuladas en la unidad por la idéntica fe, por la fraterna caridad, por la común obediencia a un solo Pastor. Aunque no tuviera esta ceremonia otro valor que el de ofrecer ocasión para este encuentro, merecería ser considerada en su evidente y profundo significado eclesial, tan lleno, tan bello, tan católico en este momento y en este lugar.

Origen y significado de esta fiesta mariana

Nos gozamos por esto cordialmente en el Señor de estar reunidos, en el nombre de María Purísima y de su Hijo Divino, para dar expresión exterior y simbólica a la Santa Iglesia, de la cual todos queremos ser y somos miembros vivos, y dejamos que en el fondo de nuestras almas resuene la antífona del Jueves Santo: donde está la caridad y el amor, allí está Dios. Nos ha hecho una sola cosa el amor de Cristo.

Nos parece que quiere un significado más denso el acto que cada uno de vosotros ha venido a realizar aquí: el ofrecimiento de un don propio, un cirio bendito, al Papa. Se ha hablado tanto de estos cirios, de estas luces, también simbólicas, puras y festivas en relación con la solemnidad que hoy celebramos, llamada, por el sentido sagrado que en ella han tenido y que todavía tienen en el rito litúrgico los cirios, la Candelaria. Dejamos ahora a los estudiosos y a los reflexivos el pensar en el origen de la fiesta, que fue tal vez la primera que dedicó a María el culto cristiano (cfr. "Peregrinatio aetheriae"), y que, según atestigua una piadosa viuda romana, Vicelia, en la mitad del siglo V, asoció al rito la procesión con las candelas: "Festum occursus salvatoris nostri Dei cum Candelis" (cfr. Rado, II, 1140); y detenemos un instante el pensamiento sobre el significado que cada uno de vosotros quiere dar a la oferta del propio cirio en nuestras manos.

El significado es evidente: este ofrecimiento quiere ser un acto de filial sumisión al obispo de Roma, acto de homenaje, acto de obediencia. ¿No es así?

Acto de fidelidad y obediencia responsable

Cualquiera de vosotros que tomara la palabra para dar sentido exterior de este gesto interior de piadosa y delicada oblación diría, ciertamente, que el ofrecimiento del cirio es la señal de la propia sumisión a quien ha sido constituído Cabeza de la Iglesia; y lo diría, Nos así lo creemos, no con un sentimiento de resignada aceptación de una costumbre de otros tiempos, o como

una institución jurídica no susceptible de cambio, sino con la convicción de ponerse así en armonía con un designio divino que las vicisitudes de la historia no cambia y que quiere ser fidelidad a su realización en la vida y en la historia de la Iglesia. Es decir, creemos que en el gesto que ahora estáis realizando tenéis conciencia de interpretar los fundamentos teológicos y espirituales que hacen de la obediencia eclesiástica una ley fundamental de la comunidad fundada por Cristo, la Iglesia, caracterizada y constituída por la estructura jerárquica; y sabéis bien que el mismo Cristo se ha presentado en el cuadro de una obediencia total, y en calidad de obediente ha cumplido su misión salvadora, "factus oboediens", y como tal se ha ofrecido a sí mismo como ejemplo (cfr. 1 Petr., 2, 21).

Vuestra oración adquiere por este motivo valor de respuesta a una opinión no recta, según la cual la madurez del hombre moderno, la reivindicación del papel primario de la conciencia personal, la exaltación de la personalidad y de la libertad, la voz misma del Concilio sobre estos temas de gran importancia y de actualidad pondrían en tela de juicio la virtud de la obediencia, haciendo discutibles incluso los fundamentos racionales y teológicos de la misma. Una semejante crisis no puede abolir la obediencia en la Iglesia de Dios.

La jerarquía, el padre que ama y conduce a Cristo

La Iglesia debe, por el contrario, destacar la virtud de la obediencia, haciendo profundizar al cristiano avisado en su sentido, con las transformaciones que la historia ha procurado en las estructuras jerárquicas de la Iglesia, que no coinciden con las estructuras temporales y con las enseñanzas que el Concilio confía a nuestra consideración y a nuestra observancia. La obediencia iluminada va buscando, decíamos, el designio divino, que contempla en el pueblo de Dios, como causa instrumental, como bien se comprende, pero genética y eficiente, la presencia y la acción de representantes de Cristo, provistos de su pastoral autoridad y dotados de los carismas de magisterio, de dirección y de santificación para el servicio y para la salvación de la comunidad de los fieles; la Iglesia es jerárquica, no inorgánica, y menos aún democrática, en el sentido de que la misma comunidad tenga una prioridad de fe y de autoridad sobre aquellos que el Espíritu Santo ha puesto al frente de la Iglesia de Dios (cfr. Hechos, 20, 28); es decir, el Señor ha querido que algunos hermanos tuvieran el indiscutible (cfr. 1, Cor., 4, 4) mandato de prestar a los demás hermanos el servicio de la autoridad, de la dirección, como principio de unidad, de orden, de solidaridad, de eficiencia, siempre para formar la economía de verdad y de caridad que se llama su Iglesia.

Por esto nos sentimos alegres de descubrir en esta ceremonia como una apología de la obediencia eclesiástica, que hoy también se muestra actual y fiel, con la feliz oportunidad de poner de manifiesto como quiere ser vuestra obediencia: responsable, porque es la de superiores y de representantes de vuestras respectivas instituciones; voluntaria, es decir, libre y espontánea, porque no venís hoy obligados a ofrecernos vuestro homenaje y vuestro don; filial y amorosa, porque, lejos de marcar una distancia entre vosotros y nuestro oficio apostólico, os acerca a Nos como hijos al Padre, el cual no os pide otra cosa sino la adhesión de vuestros espíritus a Cristo y a la Iglesia: "No quiero vuestras cosas, sino vosotros" (2, Cor. 12, 14).

Por eso, gracias, hijos carísimos, por vuestra presencia, por vuestro cirio y por el significado que vosotros queréis darle. Aceptamos todo esto de vosotros con gran consuelo y con gran reconocimiento y con efusión de corazón y en correspondiencia os damos nuestra bendición apostólica.

XII

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 7 DE FEBRERO

Queridos hijos e hijas:

Una de las luces que el Concilio proyecta sobre la Iglesia —ya lo hemos repetido —es la vocación de todo hijo fiel de la Iglesia misma a esa expansión de fe y de vitalidad cristiana, a esa efusión de la plenitud interior que su inserción en el Cuerpo Místico de Cristo lleva consigo, a ese amor del Reino de Dios, a ese testimonio religioso y moral que trasciende la propia individualidad, a esa necesidad de comunicar a otros el tesoro de verdad y de gracia que posee, lo cual, con expresión ya común, llamamos apostolado. También el laico, sea cual fuere su condición, está llamado a esta conciencia, a esta actividad. Esto vale para el obrero y para el estudiante; para el rico y para el pobre. En cualquier situación social, todos los fieles están obligados a irradiar en torno de sí algún apostolado para el bien de los demás. Habrá que insistir en este principio porque de él, en gran parte, nace esta renovación, este progreso que el Concilio ha querido traer a la Iglesia. La Iglesia llama a los laicos: les dice: venid a reanimar el cristianismo que está amenazado por todas partes y hacer ver, vosotros, laicos, que no tenéis ninguna especial investidura jerárquica, ni una especial vocación religiosa, que también vosotros sois capaces de iluminar con la luz de Cristo la sociedad moderna. El apostolado no es solo un hecho externo, sociológico; es una exigencia espiritual interna que toma su razón de ser del mismo misterio de la Iglesia, a la que pertenece el cristiano. Mas, ¿cómo se expresa y realiza esta exigencia? En otra ocasión, siguiendo las huellas del Concilio, decíamos que de dos formas funadmentales: una, individual; otra, asociativa (cfr. Apost. acutos., n, 15 y siguientes).

La forma asociativa, actividad natural

Esta, enunciada así sencillamente, levanta ordinariamente en los ánimos un sentimiento de desconfianza, de repulsa e incluso a veces de tedio. Asociarse es algo que no agrada a todos. Muchos prefieren ser libres, Alinearse o agruparse con otros para hacer apostolado fácilmente provoca molestias. Si esto, además, se hace o soporta por un fin ideal, con facilidad surge la impresión de que el ideal se hace prosaico, pierde las alas, se convierte en formalismo, se pervierte en relaciones obligadas, convencionales, rutinarias y pesadas; origina burocracias, jerarquías, exterioridad, con frecuencia nada agradable.

El apostolado asociado parece una red embarazosa, sin espontaneidad ni genialidad; a veces se dirige más al hecho de la organización que a los fines esenciales del mismo apostolado. Mira al número, al poder. Por último, no parece responder a las características de nuestro tiempo. Así hablan. Y descifrando en su mente estas objeciones, muchos, muchísimos tal vez, se niegan a dar su nombre, su adhesión y formas de apostolado ya religioso, caritativo, moral o social, y dicen que prefieren el bien que no hace ruido, pero que en realidad no implica ni gasto ni disciplina, ni compromiso ni molestias.

Esta psicología ofrece aspectos dignos de respeto y consideración, sea porque reivindica la legitimidad del apostolado individual, sea porque huye de los defectos que el apostolado colectivo puede engendrar.

Pero, seamos sinceros. ¿Acaso no es en forma asociativa como se desenvuelva toda actividad natural? "El hombre —recuerda el Concilio— es social por naturaleza" (Ibíd., n. 18). Pero lo que más nos interesa es el hecho de que "el apostolado asociado —sigue hablando el Concilio— corresponde felizmente a las exigencias humanas y cristianas de los fieles, y al mismo tiempo se muestra como signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo", el cual afirma: "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mat., 18, 20). Por esto ejerzan los fieles su apostolado con espíritu de unidad —prosigue el Concilio—. Sean apóstoles tanto en sus comunidades familiares cuanto en las parroquiales y diocesanas, que ya son por sí mismas expresión de la índole comunitaria del apostolado, y en aquellas instituciones libres a las que hayan decidido unirse. El apostolado asociado es de gran importancia también, pues ya en las comunidades de la Iglesia, ya en los diferentes ambientes exige con frecuencia ejercerse en una acción común" (Ibíd., n. 18).

La amistad facilita los esfuerzos del apostolado

Tengamos presente que no hace falta decir más sobre este punto, pues todos en el fondo están convencidos de que para hacer apostolado, no puramente ocasional y privado, es necesario asociarse a otros de iguales sentimientos. He aquí por qué la amistad, entendida como forma de hacer el bien, puede ser muy selecto apostolado, incluso porque la amistad se funda en afinidades espirituales espontáneas que proporcionan gusto y fervor, excitan la imaginación y facilitan los esfuerzos del apostolado, que tal vez por sí mismo ninguno se atrevería a realizar. La amistad, como apostolado, la recomendamos como método, como adistramiento y propiamente como auténtica interpretación de la caridad efusiva y doblemente beneficiosa para quien la ejercita y recibe sus beneficios (cfr. ibíd., n. 17).

¡Cuántas obras buenas han nacido así! Las Conferencias de San Vicente de Paúl, por ejemplo, ¿no tuvieron parecido origen? ¡Y cuántas familias religiosa nacieron de la evolución de un pequeño núcleo de amigos! La Compañía de Jesús, para citar un insigne ejemplo histórico. ¡Y cuántos institutos religiosos y seculares modernos tienen análogo origen! ¿Acaso ciertas instituciones hoy tan famosas y difundidas, no traen igualmente su origen de pequeños grupos iniciales, asociados en la caridad y deseo de servir la causa de Cristo? No resistimos la tentación de citar el nombre de algunos de estos grupos, que ahora mismo se nos ocurren: los Cursillos de Cristiandad, por ejem-

plo, en el mundo español... Los fundados en Irlanda por un seglar, Duff, en honor de la Virgen. El Opus Dei, los Focolarini, etc. Existen muchos con gran facilidad y gran número. Son semillas de amistad que se ha desarrollado y ha llegado a ser colectiva y se ha propagado casi por todo el mundo. Su virtud asociativa ha constituído su fuerza y fortuna y ha dado al apostolado católico una sorprendente fecundidad. Las contemplamos con complacencia, las alentamos y bendecimos.

Sentir con la Iglesia

La multiplicidad de estas instituciones habla de cuánta libertad de iniciativa tiene el apostolado en el seno de la Iglesia y qué riqueza escogida se ofrece al fiel que quiera ejercer el apostolado en la forma que le agrade y en compañía de hermanos afines a él por alguna razón especial de espíritu, de gusto, de lengua, de método, de conocimiento personal, de experiencia. Este particularismo preferente implica un pluralismo de formas asociativas que la Iglesia permite y protege (cfr. ibíd., n. 19), aunque no debe traducirse en egoísmo espiritual o en orgullosa emulación de grupo frente a otros grupos o con la generalidad de los fieles, sino que debe estar iluminado y guiado por el "sentido de la Iglesia", por el espíritu de amor hacia todos los hermanos, por el deber de la unidad jerárquica y comunitaria propia de la Iglesia católica. La tentación de subdividir la estructura eclesial en partidos, en cenáculos herméticos, en grupos antagonistas, en asociaciones secretas, en partes aisladas, es tan antigua como el cristianismo, siempre amenazado con alteraciones y hasta con olvido y degeneración de su hecho constitutivo: la asociación en la misma fe y en la misma caridad. ¿San Pablo no lo escribía acaso a los corintios desde los primeros años de la Iglesia naciente (año 57)?: "Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo... que no haya entre vosotros cismas; antes seáis concordes en el mismo pensar y en el mismo sentir... Cada uno de vosotros dice: "Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo —concluye San Pablo— de Cristo" (1 Cor., 1, 10-12).

Recordándoos esto, os bendecimos a todos de corazón.

XIII

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 14 DE FEBRERO

Queridos hijos e hijas:

Hablemos del apostolado, del apostolado de los seglares, de esta vocación que pretende hoy la Iglesia despertar en la conciencia de cada fiel hijo suyo, sin excluír, más aún, comprendiendo intencionalmente al que no ha sido dotado de vocación sacerdotal ni religiosa, sino simplemente de la de buen cristiano, que viva en el mundo y al que llamamos laico o seglar. También a este hijo suyo reserva la Iglesia un llamamiento de acuerdo con su carácter

laico y con su carácter cristiano; el llamamiento al testimonio, a la milicia ideal de quien ha sido bautizado y confirmado, al servicio de la causa de Cristo; la llamada a la colaboración en la misión apostólica propia del a jerarquía eclesial.

La vocación del seglar al apostolado

Hijos carísimos, ¿habéis escuchado vosotros la voz de este llamamiento? No impone solamente deberes, sino que concede derechos, dignidad, funciones; confiere a la personlidad del cristiano, laico, la plenitud de adhesión a Cristo, con la doble virtud de perfeccionar y de santificar al que la hace suya, y de transmitir a los demás, a los hermanos próximos o alejados, un don del reino de Dios, el estímulo al bien, el amor a la Iglesia, la vitalidad de la fe, el conocimiento de las necesidades del prójimo v el afán por ayudarle.

Hay muchas formas en las que se expresa este llamamiento, y por ello muchas formas con que se le puede corresponder. Hoy estas formas, de invitación o de respuesta, se multiplican. Lo decíamos en otra ocasión. Por todas partes nacen grupos, llamados informales, es decir, sin vínculos precisos de asociación, que auna su deseo espontáneo de trabajar en la esfera cristiana, por vía de afinidad de ambiente, con resultados frecuentemente hermosos y generosos, pero independientes de la comunidad eclesial, y a veces remisos a la integración en cuadros, que presida la autoridad de la Iglesia. Son libres palestras del bien, de la cultura, del apostolado, a las que se debe reconocer méritos particulares, como el de favorecer las expresiones propias de determinadas categorías y de preparar personas, jóvenes especialmente, en el ejercicio de la afirmación moral o espiritual, que supera los confines, estrechos, cómodos y atractivos del egoísmo, del gregarismo, del desinterés, en aras de la gran causa suprema del reino de Dios. Si el espíritu de crítica para con los hermanos y los pastores de la comunidad eclesial no aisla, no envanece, no deforma esos grupos, pueden también ellos contribuír a la causa católica; con esta confianza y con este deseo también Nos les dispensamos nuestra afectuosa simpatía y nuestra bendición.

Pero podemos silenciar que el grado de autenticidad y de eficacia en el apostolado de los seglares tiene hoy en la Iglesia una medida precisa (hablamos de la forma que configura este apostolado, no de la bondad y valor de las personas que lo ejercen); y esta medida viene dada por la relación que tiene con la jerarquía de la Iglesia; jerarquía, a la que compete la primera y suma responsabilidad del apostolado, que hace de un hermano el guía, el maestro, el distribuidor de los divinos misterios a los demás hermanos. El sistema de la salvación, que funda en Cristo su autoridad y sus carismas, tiene como primer y cualificado instrumento para el apostolado al obispo: el obispo es el apóstol por excelencia, por ser sucesor, heredero y representante de los apóstoles. Por ello quien recibe del obispo el estatuto, el mandato, la instrucción para el ejercicio del apostolado, participa por vía de colaboración y dependencia, en el grado superior y en la forma mejor, en la misión salvadora de la Iglesia, y se encuentra inserto en esa magnífica institución que se llama la Acción Católica.

El tema de la Acción Católica merecería un largo discurso; pero ha sido

tan repetido en estos últimos decenios por Papas, obispos, hombres eminentes y sabios, que se puede abreviar y concluír rápidamente.

Acción Católica, apostolado jerárquico

Diremos solamente que el apostolado de la Acción Católica está más de actualidad que nunca. Léase lo que se dice de él en el Concilio ("Christus Dominus" núm. 17 y "Apostolicam Actuositatem" núm. 20). Los pastores saben bien que si los seglares tienen libertad para pertenecer o no pertenecer a ella (la Acción Católica es un movimiento de voluntarios), es obligación suya conservarla y promoverla. No es un fenómeno caduco, que tuvo su tiempo, como dicen algunos; es un órgano integrador de la estructura eclesial; y es de tal importancia en las contingencias históricas actuales, que sería juicio erróneo tenerlo en mediocre consideración (cfr. "Apostolicam Actuositatem" número 22). Y añadiremos que precisamente los aspectos, por los que la Acción Católica es objeto de críticas y de reservas por parte de quienes son ajenos a ella, o consideran sus inconvenientes y dificultades, constituyen sus mejores méritos, es una gran escuadra de seglares fidelísimos; organizada y permanente; pronta a servir no solo a esta o aquella necesidad de la Iglesia, sino a todas; es solidaria en todo con la jerarquía, recibe sus instrucciones que con genio propio pone en práctica y perfecciona; es unitaria, nacional, profunda y esencialmente religiosa. Refleja a su modo las notas de la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica; y por ello hace participar a los seglares, que tienen la inteligencia y la generosidad de pertenecer a ella, en el misterio de unión y caridad propio de la Iglesia de Cristo.

Es como decir: hijos carísimos, pensad si también vosotros habéis sido llamados a entrar en las filas de este ejército pacífico; y si tenéis ya este honor y esta fortuna, dad las gracias al Señor, y procurad ser dignos de esta elección.

Que nuestra bendición apostólica fecunde estas rápidas ideas.

XIV

AL CONSEJO GENERAL DE LA COMISION PONTIFICIA PARA LA AMERICA LATINA

(14 de febrero)

Nos alegra dar la bienvenida a los miembros del Consejo General de la Comisión Pontificia para América latina.

El encuentro de hoy nos hace recordar el de los primeros días de nuestro pontificado, en el que expresamos el propósito de revalorizar la Comisión pontificia para América latina, viéndola como "un organismo eficaz, providencialmente querido" por nuestro venerado predecesor Pío XII, para la reafirmación católica del gran continente. La afluencia de fuerzas en torno a la Comisión pontificia no tardó en sugerirnos la idea de que podía concretarse en un organismo que coordinase el trabajo y las iniciativas de todos. Es el Consejo que ahora componéis y que desde hace cuatro años continúa respondiendo a las perentorias exigencias de la solidaridad de toda la Iglesia en un sector en el que existen graves y urgentes necesidades. En este hecho vemos interpretadas las enseñanzas y sugerencias del Concilio Vaticano II, que con repetida insistencia piden una estrecha colaboración en la Iglesia universal.

El empeño de una colaboración

Vosotros representáis una colaboración que une a una gran parte del episcopado de la Iglesia, y con el episcopado, a las muy beneméritas familias religiosas. Una colaboración que realiza el pleno significado de esta palabra: un trabajo realizado en conjunto y con un mismo propósito. Nos complacemos hoy en verla particularmente dedicada a un problema de la máxima importancia para la suerte de la Iglesia en América latina: el del personal apostólico —sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas y seglares que desde Europa y desde América del Norte pasa a servir a la Iglesia en América latina, y de los eclesiásticos de este continente que se dirigen a completar su formación a Europa o a América del Norte.

Resultados y preocupaciones

Hay que añadir que el movimiento de personal apostólico que se está desarrollando hacia América latina exige una consideración por las notables proporciones con que se presenta. Nuestra voz debería pasar ahora del tono sencillo al ferviente del elogio para cuantos han escuchado el llamamiento implorante de la Iglesia; para nosotros, venerables hermanos, y para los organismos episcopales que presidís, que les han ayudado eficazmente a poner en práctica sus generosas aspiraciones. El elogio no puede ir separado de un himno de alabanza al Altísimo, que ha inspirado tan buena decisión. Por tanto, bendecimos al Señor por la solicitud que mostráis de que nada se pierda, de que no se descuide nada o menosprecie de cuanto constituye la contribución, actual y potencial, que almas apostólicas pueden brindar a América latina para la causa de la Iglesia.

Sabemos muy bien que, en el camino de una celosa e iluminada colaboración, habéis creado las estructuras y habéis recurrido a las fórmulas más válidas para asegurar la mayor eficacia posible a la ayuda que estáis prestando por medio de vuestro clero. A los seminarios expresamente instituídos, a los centros y a los cursos de preparación hay que sumar la iniciativa —llevada a cabo por segunda vez el mes pasado— de una "Semana Europea", con el fin de reunir a los sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares dispuestos a partir para América latina, uniéndolos en el estudio y en la oración en un clima de caridad fraterna, de suerte que el encuentro se transforma en un ferviente Pentecostés después del cual los apóstoles se disponen al cumplimiento de su misión. Conocemos muy bien las preocupaciones que dedicáis a la asistencia de quienes se encuentran ya en el nuevo campo de apostolado.

Sentimos vivo también el deber de cuanto estáis haciendo mediante una ayuda económica múltiple y generosa que tiene no pequeña importancia en la solución de muchos problemas. Queremos repetir aquí el aprecio tantas veces expresado.

La contribución de cada obispo

No podéis estar solos en vuestro trabajo; nuestra exhortación va dirigida a cuantos de alguna manera han sido llamados a sostenerlo y a extenderlo.

Sobre todo será preciosa la colaboración de cada obispo. A ellos incumbe el deber de favorecer y promover el reclutamiento de candidatos que se adecue, lo más posible, a las exigencias de la ayuda que pide la Iglesia en América latina. Auguramos que crecerá el número de las diócesis dispuestas a pesar de la fase de lo superfluo y la del sacrificio. Los obispos no pueden darse por contentos con lo que realizan laudablemente sus respectivos organismos nacionales. El obispo y toda la comunidad cristiana pueden mirar con orgullo su personal alejado para un más amplio y arduo servicio a la Iglesia, considerándolo como una vanguardia que hay que sostener generosamente, preparando el envío de otros que sustituyan a cuantos vuelvan a sus diócesis de origen una vez cumplido su servicio.

Ahora nos dirigimos al obispo latinoamericano que recibe a un sacerdote; su responsabilidad se entrecruza con la del obispo que se lo ha ofrecido. Es muy útil un contacto frecuente entre los dos obispos para el buen éxito y el sostén moral del sacerdote, que, en las nuevas condiciones en que se encuentra para desarrollar su ministerio, tropieza en no raras ocasiones con dificultades. De esta forma se hará más operante la profunda animación que ha de gobernar al sacerdote, separado, aunque solo sea temporalmente, de su diócesis para responder a una verdadera vocación.

Para los eclesiásticos latinoamericanos

Dedicamos consideraciones análogas a otro aspecto del problema que os ha ocupado estos días: el de los eclesiásticos latinoamericanos que se trasladan a Europa o América del Norte para prepararse a una especial calificación científica o pastoral que mejor les disponga al sagrado ministerio en sus países. También aquí la colaboración entre episcopado y entre familias religiosas podrá proporcionar ayuda a muchos, y por ello a la Iglesia, que en ellos pone grandes esperanzas.

La bendición apostólica, que os impartimos de corazón, sea expresión de nuestra gratitud por cuanto hacéis, y, al mismo tiempo, prenda de la asistencia divina en la actividad apostólica a que os habéis consagrado. Descienda también abundante sobre vuestros colaboradores; sobre todos los miembros de los episcopados de América y de Europa; sobre todos aquellos —sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y seglares— que trabajan o se preparan para trabajar en la Iglesia y para la Iglesia en América latina.

XV

HOMILIA EN LA FESTIVIDAD DE LA CATEDRA DE SAN PEDRO

(22 de febrero)

Venerados hermanos y queridos hijos:

La realidad del momento que estamos viviendo nos proporciona tema

para nuestra meditación. Cualquier circunstancia es digna de reflexión, y la reflexión nos ayuda a pasar de la celebración de la liturgia, del pensamiento a la acción, de la comunión con la verdad, que el Señor nos ofrece, a la comunión con su vida, que el Señor actualiza en el sacrificio de la misa. La primera circunstancia que se impone a nuestra atención es vuestra presencia, venerados hermanos y queridos hijos del episcopado italiano; y en una restringida pero selecta representación, el laicado católico, fruto de tantos cuidados y de tanto amor, que viene ahora a perfeccionar sus relaciones con la jerarquía de la Iglesia, con miras a una mayor eficiencia de la vida católica y a una más orgánica solidaridad de propósitos, de responsabilidades, de acción en el ámbito del pueblo de Dios. Nos alegra este encuentro. Degustamos este momento precioso de armonía espiritual. Dejemos que la caridad exprese los sentimientos propios de una asamblea como esta; la unión material de esta excepcional, solemne y múltiple presencia, ha de hacerse en estos instantes espiritual. Que el saludo litúrgico adquiera su pleno significado y, quiera Dios, su eficacia: el Señor esté con vosotros. El Señor, que dijo estará presente místicamente donde algunos estuvieran reunidos en su nombre (Mat., 18-20), presida, confirme y selle esta magnífica comunión. De este encuentro sacaremos un propósito, un don: el de hacer perenne la unidad, que aquí da conciencia a la Iglesia italiana de su nueva existencia histórica, de su compromiso de vivir en la misma caridad. Repitamos con convicción, llena de gozo y enérgica como una promesa: "El amor de Cristo nos ha unido".

Comunión jerárquica y fidelidad de servicio

Hay otra circunstancia externa de esta ceremonia que debe hacerse interior. Nos encontramos ante la tumba del apóstol Pedro, en la basílica construída con monumental amplitud, elocuencia de arte y de espiritualidad, para que fuera más grandioso, más acogedor, más impresionante el aflujo de fieles al sepulcro, humilde y glorioso, del discípulo elegido para ser fundamento de unidad y de estabilidad, centro de amor pastoral de la Iglesia católica de Cristo. Y aquí, confundido y aplanado por la enormidad de las desproporciones en que tiene que vivir y actuar, pero seguro de la exaltante autenticidad de su misión, quien os habla debe recordaros que, habiendo recaído sobre él la sucesión episcopal del mismo apóstol, está ante vosotros la figura y la función del Vicario de Cristo, todo para vosotros, como debe ser el "Siervo de los siervos de Dios"; y esto no solamente para despertar en vosotros sentimientos de veneración y de temor, sino de maravilla por las paradójicas obras del Señor, y al mismo tiempo de seguridad, de consuelo y de hermandad. Ved aquí un segundo don, un segundo propósito que guardaremos como fecundo recuerdo de esta celebración: "Bueno es permanecer aquí" (Mateo, 17, 4); es decir, procuraremos conservar esta mutua relación de comunión jerárquica, de fidelidad y servicio, de afecto pastoral, fundamental en la constitución de la Iglesia universal, y que es y debe ser más sentida en la Iglesia italiana; "donde Pedro, allí está la Iglesia", repetiremos a una con San Ambrosio (In Ps. XL, 30; PL., 14, 1.082).

La fiesta de la cátedra de San Pedro

Además, venerados hermanos y carísimos hijos, hoy celebramos una fies-

ta que renueva y exalta todos estos pensamientos: la fiesta de la cátedra de San Pedro: es "la creación de la cátedra de Pedro", que, dejando para otra fecha la conmemoración del martirio del apóstol, quiere hoy honrar el episcopado romano de Pedro su ministerio, su magisterio (Cfr. J. Ruysschaert). ¿No os parece que este aspecto de la festividad de hoy nos ofrece una obvia ligazón con la profesión de nuestra fe, que precisamente la memoria centenaria del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo nos ha inducido este año a renovar, a profundizar, a proclamar? Y el Evangelio, cuya lectura acabamos de escuchar, ¿no nos obliga a hacer nuestra, personal y colectivamente, la confesión de Pedro en la mesianidad divina de Nuestro Señor Jesucristo: "Tú eres Cristo hijo de Dios vivo"? (Mateo, 16, 16). Circunstancia esta también digna de notarse por la importancia espiritual e histórica, por la belleza transcendente que adquiere una expresión de fe católica genuina, consciente y colectiva de todo el episcopado italiano, a una con el laicado católico aquí representado, rodeados por los alumnos de los seminarios romanos de lengua italiana, el lateranense con el seminario de Roma, el colegio Capranica, el seminario Lombardo y los demás colegios eclesiásticos italianos de Roma. Circunstancia digna de notarse, también por la frase crítica en que se encuentra la fe, bien por la psicología del acto en que se expresa o bien por el contenido doctrinal que la define en la actual evolución de la cultura, en la problemática radical con que es considerada por algunos críticos, en el esfuerzo de renovación teológica realizado en todas partes y la estimula, en el diálogo ecuménico, en el pluralismo ideológico que favorece la libertad religiosa, en el pensamiento especulativo y en otras muchas dificultades, crisis y tentaciones que turban y exaltan es espíritu moderno, fuera y dentro de la Iglesia.

Irrompible armonía de las virtudes teologales

Por ello la profesión de fe que brota hoy de esta asamblea toma el aspecto de una afirmación decisiva: nosotros creemos en Dios, creemos en Cristo, creemos, o mejor, en cierto sentido, sentimos al Espíritu Santo, que nos hace audaces y dichosos al pronunciar nuestro acto de fe, que llegando unánime a los pies de este altar, termina en el abandono confiado en esa Santa Iglesia, que tiene su fundamento aquí en la piedra apostólica; y sin sombra de triunfalismo, pero con la sinceridad de un testimonio vivido, experimenta la verdad de las palabras del evangelista Juan: "Nuestra fe es la victoria que ha vencido al mundo" (1, Juan, 5, 4).

Si se nos permite dedicar unos instantes al sentido de plenitud de este acto de fe, que parece sugerido por el mismo Pedro, que hoy veneramos, cuando escribe "permaneced fuertes en la fe" (1 Pedro, 5, 9), os exhortaremos, venerados hermanos y queridos hijos, a secundar en el acto mismo su movimiento teologal, es decir, a traducirlo en la plenitud de la esperanza, hermana fiel de esa fe que ha recibido la última revelación del mundo divino: "Dios es caridad" (1 Juan, 4, 16); "y nosotros hemos creído en la caridad" (ibíd.). Sí: "Dios es amor. La esperanza es la respuesta espontánea del alma a esta certeza cuando se acepta y calibra. Salta en el momento preciso, en el instante preciso en que la fe en Dios nos revela como una fe en la caridad" (Cardenal Garrone, "Que faut-il croire?", pág. 284). Por lo demás, ninguno de nosotros ha olvidado la definición bíblica de la fe, coesencial con la esperanza: "La fe es el núcleo de las cosas que se han de esperar" (Hebreos, 11, 1); "fe es el contenido de las cosas esperadas" (Dante, par. 24, 64).

Dar buenas esperanzas a los hombres

Por ello nos parece que vuestra profesión de fe, solemne por las circunstancias que hemos mencionado, si quiere permanecer fija en las verdades que ella nos otorga como don infalible o inefable, debe dejarse llevar a los horizontes escatológicos, que son la realidad de ese reino de Dios que degustamos en el tiempo, que predicamos en nuestro vivir histórico, que ambicionamos mediante toda la disciplina de la vida cristiana, que preferimos al reino de orden temporal, del que también somos ciudadanos, pero peregrinos hacia esos "nuevos cielos, y esa nueva tierra, que esperamos, según las promesas de Cristo" (Cfr., 2, Pedro, 3, 13).

No se puede decir que, orientados de esta suerte y libres de aspiraciones temporales, somos forasteros en esta tierra en que la Providencia nos ha hecho vivir, ni tampoco que somos incapaces de dialogar con el mundo profano, completamente empeñado en las realidades terrenas, que en nuestro tiempo son en extremo fecundas y seductoras. La constitución conciliar "Gaudium et Spes" está ahí para demostrar lo contrario y para resolver el problema de las relaciones del cristianismo con el humanismo. Y concluímos que nuestra misión, precisamente en este momento inquieto y confuso, es infundir esperanzas buenas, verdaderas y nuevas a los hombres a quienes se dirige este ministerio; y esto —lo decimos con las cautelas del caso— también en la vida temporal de nuestros hermanos (pues hermanos nuestros son los hombres que la vida pone a nustro lado).

Nos corresponde a nosotros, que creemos, esperamos y amamos, llevar, de acuerdo con nuestras posibilidades, continuamente al hombre ciego la luz, al hombre hambriento el pan, al hombre airado la paz, al hombre cansado el sostén, al hombre enfermo el consuelo, al hombre desesperado la esperanza, al niño la alegría de la bondad, la joven la energía del bien. Si hay crisis en el mundo de hoy, es crisis de esperanza, de ignorancia del fin por el que vale la pena emplear la enorme riqueza de medios con que la civilización moderna ha enriquecido, pero también ha recargado, la vida humana. Nosotros somos los guías. Nosotros tenemos la ciencia del fin. Debemos ser maestros de la esperanza. Y esto lo decimos por vosotros, pastores, que tenéis como misión conducir la grey humana a los pastos de la verdadera vida; por vosotros, seglares católicos, que con los pastores traéis a la Iglesia y al mundo el pensamiento y la obra de la salvación cristiana.

Y aquí detenemos nuestro discurso.

No hemos hablado de vuestra asamblea general ni de otras muchas cuestiones concretas en que se desenvuelve hoy nuestro ministerio pastoral; pero la carta que, en nuestro nombre, os ha dirigido al respecto nuestro cardenal secretario de Estado, y las amplias y autorizadas comunicaciones tenidas en la misma asamblea por el cardenal presidente, patriarca de Venecia, como por los demás oradores, han dado ya el debido relieve a estos hechos y problemas. Bástenos ahora aseguraros nuestro vivo interés y nuestro propósito de secundar lo mejor posible las aspiraciones, los deseos y los esfuerzos de nuestros venerados hermanos en el episcopado, y repetiros la expresión de nuestra ve-

neración y de nuestra estima por vuestra admirable laboriosidad, que de corazón la queremos más orgánica y eficazmente comprendida, compartida y sostenida por nuestro valeroso laicado católico. Que nuestra bendición apostólica convalida estos sentimientos y estos votos.

XVI

A LOS MIEMBROS DEL TRIBUNAL DE LA ROTA ROMANA

(12 de febrero)

Ver hoy reunidos en torno a Nos a los prelados auditores de la Sagrada Rota Romana, junto con los otros distinguidos prelados y oficiales de este Colegio y los abogados defensores ante este Tribunal apostólico, es para Nos motivo de viva complacencia y consolador estímulo. Así, ¡qué consolador es poder, una vez más, repetir cuánta estima y consideración sentimos por vuestras personas y vuestra labor, consagrada al cumplimiento de la delicada y ardua tarea que la Iglesia ha querido confiaros!

Como testimonio de esta estima y consideración, nos es grato recordar ahora cuánto hemos querido expresar recientemente al elevar a la dignidad cardenalicia al entonces decano de los auditores de la Sagrada Rota, para poder después dedicar a un servicio todavía más pleno a la Iglesia y a la Sede Apostólica las selctas virtudes y preciosas dotes del señor cardenal Francisco Brennan.

Asimismo nos es muy grato dirigir hoy nuestro saludo especial al nuevo decano de este Colegio, el ilustrísimo monseñor Boleslao Filipiak. A la vez que le agradecemos el mensaje que ha querido dirigirnos, queremos recordar los múltiples y tan válidos títulos por los cuales ocupa de nuevo ahora tan dignamente este alto cargo. A estos títulos entre los que descuellan la solidez de su preparación y la seriedad de los estudios, nos complacemos en añadir el de su patria de origen, Polonia, tan querida de Nos, además de un motivo de especiales recuerdos personales por esa maravillosa fidelidad a la Iglesia que constituye su característica inconfundible.

Este encuentro nuestro nos depara la feliz oportunidad de referirnos, siquiera sea brevemente, a algunos de los temas de palpitante interés para todos nosotros: en especial, al servicio necesario e insustituíble prestado a la Iglesia por vuestro Tribunal en el ejercicio de la "potestas iudicandi"; a la valiosa contribución que vuestro Colegio ha prestado y presta a la actividad de la Sede Apostólica; a las perspectivas de utilización ulterior de esta contribución en el cumplimiento de las obligaciones que actualmente incumben a la Iglesia en el campo jurídico.

1. Un servicio necesario

La función judicial de la "sacra potestas", otorgada a la Iglesia por el Salvador como complemento necesario de la función legislativa, está ligada

también al carácter profundamente humano de la Iglesia, la cual, aun siendo santa, está sujeta, sin embargo, a los defectos de sus miembros. San Pablo en su carta a los corintios pone de relieve esta función propia de la autoridad eclesiástica, prohibiendo a los fieles que acudan a los tribunales paganos para dirimir sus litigios (I Cor., 6, 1-7; cf. 5, 4). A este precepto del apóstol se refiere San Agustín: "Maligni infirmos premunt, et causas suas ad nos ferre compellunt, quibus dicere non audemus: dic homo, quis me contituit indicem aut divisorem inter vos? Constituit enim talibus causis ecclesiasticos Apostolus cognitores, in foro prohibere iurgare christianos" (Los malos oprimen a los débiles y los obligan a presentar sus causas ante nuestros tribunales, y no nos atrevemos a decirles: Dime, hombre, ¿quién me ha constituído juez o repartidor entre vosotros? Sin embargo, el Apóstol constituyó eclesiásticos que entendiesen en tales causas, prohibiendo que los cristianos pleiteasen en el foro). ("Enarr. in Pas.", 118; 'serm". 24, 3; ML., 37, 1570).

Reiterando las enseñanzas, a las que hemos aludido aquí brevemente, de la Escritura y de la Tradición, el Concilio Vaticano II no vacila en afirmar en la Constitución: "Lumen Gentium": "Vi huius potestatis Episcopi sacrum ius et coram Domino officium habent in suos subditos leges ferendi, iudicium faciendi, atque omnia quae ad cultus apostolatusque ordinem pertinent, moderandi" (En virtud de esta potestad, los obispos tienen el deber y derecho sagrados ante el Señor de legislar para sus súbditos, juzgarlos y regular todo lo referente al culto y al apostolado). ("Lumen Gentium", núm. 27).

Mas esta sagrada función de juzgar desde los primeros siglos se hizo especialmente ardua para la Sede romana, a la que, por su oficio primacial, "propter potentiorem principalitatem" (S. Ireneo, "Contra haereses", 3, 3, 2; MG., 7, 848), los pastores y fieles evocaban cada vez con mayor frecuencia los litigios surgidos en las comunidades locales. De ahí la necesidad para el obispo de Roma de procurarse alguna forma de asistencia y ayuda para poder cumplir con el oneroso oficio de administrar la justicia; asistencia y ayuda que, tras una larga y multiforme evolución de formas y estructuras, nuestro predecesor, Juan XXII, consagró en la institución de vuestro venerable Colegio bajo la denominación de "Auditores Sacri Palatii" (Const., "Ratio iuris", a. 1326, "passim". Bull. Rom., ed. Taur., 4, 317-323; "praes". 318). Desde entonces a los auditores de la Rota y a su probidad y competencia les está confiado el oficio necesario e insustituíble de ejercer las funciones de jueces apostólicos.

2. Contribución de la Rota Romana

Con una mirada retrospectiva a la historia de estos siglos, nos es muy grato traer a la memoria el inmenso volumen de trabajo desarrollado por cuantos os han precedido como miembros de este Colegio para ensalzar sus méritos al servicio de la Iglesia, su eminente ciencia, sus eximias virtudes: "Viri doctrina et probitate insignes" fueron llamados desde los primeros tiempos. (Iacobus Emerix, "Tractatus seu Notitia S. Rotae Romanae", editado por Ch. Lefebvre en "Monumenta Christiana Selecta" núm. 232, París, 1963 (?), pág. 45). Santiago Emerix, en su "Tractatus seu Notitia S. Rotae Romanae", escrito en 1600 (editado recientemente por un eximio estudioso, miembro de vuestro Colegio, Monseñor Ch. Lefebvre), traza, por así decirlo, el perfil espiritual de

vuestro Tribunal: "Crevit itaque successu temporis in tantam eminentiam sacrum Rotae et ex omni parte laudabile Tribunal, ut ex illo omni tempore prodierint viri virtute et vitae integritate eximii, et inter eos memoratus S. Raymundus et S. Antoninus, Episcopus Florentinus, septemque Summi Pontifices..." (Tanto aumentó el prestigio en el correr del tiempo del Sagrado, y a todas luces digno de encomio, Tribunal de la Rota que de él salieron en todas las épocas varones eximios por su virtud e integridad, entre los que mencionaremos a San Raimundo y a San Antonino, obispo de Florencia, y a siete sumos Pontífices. . (Ibíd. pág. 46).

Esta acrisolada probidad de vida que informaba la vasta ciencia de lo equitativo y justo de aquellos auditores hizo brotar en ellos como la personificación misma de la justicia: "Iustitiam animatam", lo cual —como afirma Santo Tomás, repitiendo el pensamiento aristotélico— expresa precisamente el ideal del juez conforme al sentir del pueblo ("Sum. Theol.", II-II, q. 60, art. 1).

No hay que maravillarse, por consiguiente, de que la "iurisprudentia", madurada por estos hombres, haya representado un factor decisivo en la elaboración de la legislación eclesiástica, comenzando por los decretales de Gregorio IX, y en la formación del "ius commune".

Pero los méritos de vuestro Colegio los ponen de relieve tanto el maravilloso patrimonio del pasado como la actividad del presente. Fiel a su tradición plurisecular, vuestro Sagrado Tribunal continúa siendo todavía hoy el órgano singular pericia, al cual el Papa confía la necesaria resolución de las causas abocadas a la Santa Sede, especialmente las causas matrimoniales.

Reconocimiento solemne de esta calificada idoneidad vuestra, y al mismo tiempo de facilitar vuestro trabajo, ha querido ser esa ampliación de la competencia de vuestro Tribunal que hemos dispuesto en nuestra Constitución apostólica "Regimini Ecclesiae Universae"; a saber, hemos pretendido confiar a vuestro Tribunal todas las causas de nulidad matrimonial que llegan a esta Sede apostólica, incluso si ambas partes son católicas o pertenecen a diversos ritos orientales (AAS., LIX (1967), 922, núm. 209).

Vuestra "instantia quotidiana" en el juzgar adquiere en las circunstancias actuales dimensiones de contribución excepcional al bien de la Iglesia y de toda la sociedad. Ahora que un sentido desorbitado de la libertad quisiera, desde luego, suprimir toda norma de ordenamiento jurídico; ahora que cierto espíritu, más superficial que científico, no vacilaría en sustituír las perennes normas grabadas por Dios en el corazón del hombre por un cierto relativismo jurídico, vuestras decisiones proclaman solemnemente todos los días la existencia de una ley divina que no pasa ni envejece (cf. Matth., 5, 18), y tienden, autorizadamente, a conformar con ella la vida de todos los que recurren a vuestro Tribunal.

Nuevas perspectivas

Deseamos, además, repetiros cuánto cuenta la Santa Sede con vuestra valiosa e insustituíble contribución en orden al doble problema en le que está comprometida la Iglesia en el ámbito del Derecho. Nos referimos, ante todo, la revisión del Código de Derecho canónico. La vasta y multiforme experiencia acumulada por vuestro Tribunal en estos últimos años os pone en condiciones, hoy como en el pasado, de facilitar abundante y calificado material para la nueva legislación. No solo, como se echa de ver, la parte dedicada a la estructura y dinámica del proceso canónico y a la dogmática del matrimonio, sino también los mismos principios y las instituciones fundamentales del Derecho canónico podrán especificarse más genuinamente y definirse en términos más seguros con la aportación de la doctrina contenida en vuestras decisiones. Mediante esta pasarán al nuevo Código los resultados felizmente obtenidos por la reciente elaboración del Derecho civil de las naciones, así como los datos adquiridos por la ciencia de la medicina y psiquiatría. El sentido profundamente humano que inspira vuestras sentencias contribuirá a esclarecer el misterio del hombre y del cristiano de hoy, que será el destinatario del Código renovado aquel a quien la nueva legislación deberá ofrecer una clara y una sólida ayuda para vivir denodadamente las verdades evangélicas y la propia vocación en la Iglesia de Cristo.

Pero todo este ingente esfuerzo de revisión del Código resultaría estéril en gran parte si al mismo tiempo no se toman también medidas para renovar el estudio del mismo Derecho y aumentar el número de los que se dedican a los estudios jurídicos especializados, y que contribuirán mañana, de diversas maneras y en diferentes niveles, a poner en práctica las renovadas leyes de la Iglesia.

Esta es precisamente la otra función en la que actualmente está comprometida la Iglesia, solícita en renovar entre los otros estudios eclesiásticos también el estudio del Derecho canónico. Nos os deseamos que vuestro Colegio le preste igualmente una eficaz contribución, ya comunicando al órgano competente doctas sugerencias sobre el mérito, ya continuando desarrollando una auténtica labor de formación canonística mediante vuestro "Estudio rotal", que, aun siendo de fundación reciente, ya ha adquirido indudables méritos ante la Iglesia y la ciencia.

Finalmente, reflexionando en las palabras que el señor Decano ha querido dirigirnos al principio de este encuentro, recordamos haber percibido en ellas asimismo un acento de angustia, un eco de ansiosa preocupación por los atentados, cuyo blanco es en la sociedad moderna la sagrada institución del matrimonio. Ahora este grito de alarma que vosotros, jueces de la Iglesia, habéis lanzado, si, a causa de su indiscutible trascendencia, viene a aumentar nuestro dolor y nuestra pena, no obstante, nos da pie también para reavivar nuestra confianza. Es la consoladora certeza de que la actitud espiritual y el deber personal que aportáis a vuestra función, lejos de esterilizarse en un frío e indiferente tecnicismo burocrático, permanece sensible a la exigencia vital y a la íntima finalidad de vuestro ministerio: la defensa del matrimonio humano, y especialmente la custodia del don sacramental del matrimonio con que Cristo quiso justificar a su Iglesia, a los miembros de su Cuerpo Místico.

Sobre esta renovada armonía de propósitos y empeños invocamos ahora la copiosa efusión de las gracias celestiales, en prenda de la cuales, de todo corazón y con paternal afecto, impartimos a todos vosotros nuestra bendición apostólica.

XVII

A LOS PARROCOS Y PREDICADORES DE CUARESMA

(26 de febrero)

¡Señor cardenal, venerados colegas en el Episcopado y el sacerdocio!

Esta audiencia, en el umbral de la Cuaresma, quiere tener en nuestras intenciones el carácter de una sencilla y afectuosa conversación. Debería tener por tema obligado la predicación; tema inmenso y profundo si se considera en el misterio de la transmisión de la palabra de Dios; tema complejo y difícil si se considera en su contenido doctrinal y moral en orden a las necesidades del pueblo de Dios; tema delicado y arduo si se considera en sus modalidades subjetivas y prácticas que confieren a la predicación su decoro y eficacia. Pero hoy no hablaremos de esto. Por lo demás, estamos convencidos de que todos vosotros conocéis la importancia de la predicación en la economía de la salvación y la primacía que le corresponde en el orden de los medios para la difusión del Evangelio (cfr. "Christus Dominus", núm. 13), que el reciente Concilio le ha reivindicado: la misión principal de la Iglesia es predicar (cfr. "Lumen gentium", núms. 17, 19, 24, etcétera). Y queremos creer que sabéis dedicar a la predicación y a su forma didáctica, la catequesis, lo mejor de vuestro tiempo para disponer especialmente vuestras fuerzas y vuestro corazón con no poco esfuerzo, sin duda, pero también con abundantes frutos de valor pastoral.

Hablaremos de vosotros, de vosotros a los que la novedad del reciente cambio de nuestro cardenal vicario y vuestro inmediato superior impone la obligación con Nos de recordar, de dar gracias al docto y celoso cardenal Traglia, tan estimado por Nos que, tras largos años de ministerio en esta nuestra diócesis Roma, ha preferido aceptar un oficio más adecuado a sus fuerzas físicas, pero deja un tesoro de enseñanzas, ejemplos y obras por el que el clero romano le deberá estar siempre reconocido y en el que podrá siempre inspirarse; este cambio nos obliga asimismo a saludar el nuevo cardenal vicario, aquí presente, Angelo Dell'Acqua, antes tan activo colaborador nuestro en la Secretaría de Estado, y a asegurarle nuestra confianza y nuestro apoyo mientras recomendamos a todos vosotros que aliviéis su trabajo y le hagáis fecundo en frutos venturosos con vuestra dócil y filial correspondencia. Esperamos mucho de este encuentro de voluntades sacerdotales con quien tiene por mandato nuestro la responsabilidad de la dirección de la cura de almas en esta amadísima Roma nuestra.

Dificultades pastorales

Hablamos de vosotros, queridos y venerados párrocos, coadjutores y sacerdotes, que aquí ejercéis la cura de almas. Creemos que estáis necesitados de consuelo y Dios sabe cuánto desearíamos estar en condiciones de dároslo. Necesitados de consuelo —repetimos— por las dificutades cuantitativas de vuestro ministerio: ¡Qué sentimiento de temor y a veces de angustia suscita la visión de estas inmensas colmenas humanas como son las viviendas de una gran ciudad! Necesitáis consuelo por las dificultades de orden moral e ideal que la población ciudadana moderna opone al anuncio y a la práctica de la religión. ¡Cuánta indiferencia, cuánta desconfianza, cuánta hostilidad encuentra el ministerio pastoral en la gente desarraigada en gran parte de su ambiente de origen, acuciada por ncesidades económicas y sociales, en la que ha calado con frecuencia propaganda antirreligiosa y subversiva, habituada ya al laicismo agnóstico y materialista e incapaz, si no rebelde, a la mentalidad piadosa y observante de la vida cristiana! Os comprendemos, hermanos e hijos carísimos, y compartimos vuestras penas y hasta desilusiones que suelen oprimir el corazón del pastor de almas. Estamos junto a vosotros orando, sufriendo, actuando con vosotros y por vosotros. Quisiéramos consolaros, a este respecto, recordándoos lo que ya sabéis bien: el Señor no nos pide éxitos deslumbrantes en nuestra labor pastoral; los éxitos son dones suyos y su dispensación es cuenta suya, es un secreto suyo; recordemos que "Neque ni plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat, Deus" (Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el incremento) (I Cor., 3. 7). Lo que el Señor nos pide es la dedicación, el esfuerzo, el sacrificio; San Pablo lo repite una vez más: "Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris; licet plus vos diligens minus diligar" (Yo de muy buena gana me gastaré y desgastaré hasta agotarme por vuestra alma, aunque, amándoos con mayor amor, sea menos amado) (II Cor., 12, 15). Y recordándoos igualmente que allí donde el trabajo pastoral es ordenado, perseverante, amoroso, celoso, incluso con pobreza de energías y de medios, nunca queda sin fruto; vosotros lo sabéis: este pueblo nuestro, en su generalidad, no solo no es refractario a la solicitud pastoral que se le prodiga, sino que casi siempre es acogedor; con frecuencia la desea, la exige y a veces corresponde a ella en una medida superior a las esperanzas y a nuestra capacidad receptiva; el milagro de la pesca milagrosa... "Rumpebatur autem rete eorum" (Las redes se rompían) Luc. V, 6) se suele repetir incluso en nuestro tiempo y en las actuales circunstancias. La labor pastoral realizada con método y espíritu evangélico es consoladora por sí misma.

Fidelidad sacerdotal

Pero existen otras pruebas, otras angustias en muchos sacerdotes de nuestro tiempo, las cuales, aun cuando son también vuestras, quisiéramos aliviar. También a vosotros, carísimos sacerdotes, a vosotros, jóvenes sacerdotes especialmente, pueden haber llegado, si no con la violencia observada en otras partes, tal vez en alguna forma de dudosa turbación la oleada de cuestiones, dudas, negaciones, novedades sin prejuicios con que se enfrenta en otras naciones el sacerdocio ministerial, suscitando problemas acerca de su auténtica concepción, su función primaria, su posición exacta, su originaria y auténtica realidad. El sacerdote, así aislado, se interroga a sí mismo, pone en duda su vocación, discute la forma canónica del sacerdocio católico, teme haber escogido mal el destino de su vida, comprende su celibato, no ya como una plenitud libre de inmolación y amor sino como una carga inhumana y, sobre todo, mira al mundo del que se apartó y retiró para poderlo conocer mejor, avengelizarlo y servirlo, con sentimientos, no ya de amor apostólico,

sino de nostalgia profana y fácilmente se engaña en que, al sumergirse en su realidad temporal y social, lo podría redimir mejor o al menos contrarrestar sus propias inquietudes interiores.

¡Hijos y hermanos nuestros! si alguna vez os asaltasen estados de ánimo de esta índole, permitid que esta exhortación nuestra circunstancial sea un sólido consuelo para vuestra fidelidad sacerdotal. No podemos tratar aquí de modo orgánico y exhaustivo este tema, que implica una multitud de problemas que circunstancias, de por sí dignas de atentos análisis, han suscitado y exagerado. Solo os recordamos una sola palabra del Divino Maestro: "Nolite timere" (Marc. VI, 50). ¡No temáis! No os dejéis sugestionar por teorías y ejemplos que impugnan el normal y autorizado juicio de la Iglesia. No pongáis en duda vuestra fe, vuestra elección, vuestra irrevocable dedicación. No huváis del amor que Cristo os ha tenido. Consideráos dichosos de ser sus humildes ministros. Amad con pasión nueva el modesto, laborioso pero sublime servicio sacerdotal al cual os ha llamado y capacitado el Espíritu Santo.

Sacramentalidad del sacerdocio

Quisiéramos que la próxima Cuaresma sirviese a cada uno de vosotros para afianzar en vuestro ánimo una triple certeza: ante todo, la certeza de ese nexo original, irrevocable, inefable que os une a Cristo y que llamamos sacerdocio. El sacerdocio no es un simple oficio eclesiástico, un simple servicio prestado a la comunidad; es un sacramento, una santificación interior consistente en la colación de especiales y portentosos poderes que capacitan al sacerdote para obrar "in persona Christi" y por ello le confieren un "carácter" especialísimo, indeleble, que lo califica ante Cristo como su instrumento vivo y con ello le pone en especial e inagotable relación de amor con Cristo: "Vos amici mei estis" (Vosotros sois mis amigos) (Io. XV, 14). Nuestra vida espiritual debería alimentarse constantemente con la conciencia de nuestra ordenación y de la elección amorosa que Cristo hizo de nosotros: "Ego vos elegi" (Yo os he elegido) (Io. XV, 16) y no experimentaría oscilacionees de duda y de tibieza si esta inmanente voluntad amorosa y potente de Cristo de querer actuar mediante nuestra humilde persona, siempre disponible para El, la descubriésemos como una invitación a una confiada intimidad.

Servicio a los demás

La segunda certeza, que debe sostener nuestra conciencia sacerdotal, es la del nexo que nos une total e irrevocablemente al servicio de nuestros hermanos. El sacerdote ya no se pertenece. La finalidad del sacerdocio es la "diaconía", el servicio sin reservas ni condiciones al Cuerpo Místico de Cristo, a la Iglesia, al pueblo de Dios, a los hombres. Esta consciencia del perdido dominio de sí, del don hecho para siempre a la caridad, esta calificación de servidores de los demás, ¡qué firme seguridad puede dar al sacerdote que conoce sus propias limitaciones y necesidades y puede sentir la eterna tentación de "rehecer su vida", de buscar el propio prestigio y el interés propio y por ello entorpecer el destino que caracteriza la vida sacerdotal!

De aquí una tercera certeza, tal vez angustiosa por ser implacable en sus exigencias, pero muy consoladora: la de la santidad que debe dar estilo a

la vida de un hombre a quien correspondió por un lado ser elegido por Cristo para su ministerio y por otro ser destinado a comunicar a los demás "los misterios de Dios" (cfr. I Cor. IV, 1), no mediante un ministerio impersonal, burocrático, puramente canónico sino mediante un ministerio vivo que sea como la personificación de la palabra predicada, mediante un esfuerzo vital de convertirse en modelo, de hacerse verdaderamente "alter Christus". También esta certeza de estar obligado a la santidad infunde al sacerdote un valor característico; ya no teme ni a sí mismo ni a los otros, libre como está de los lazos de ambiciosos egoísmos y camina humilde e intrépido hacia el cumplimiento de su sacrificio en la imitación del de Cristo hacia la perfección y plenitud de la caridad.

Santidad sacerdotal

Queremos creer que no os faltan los consuelos de estas certezas y si os lo recordamos, es para revalorizarlas y para reiteraros a vosotros, párrocos, sacerdotes y religiosos, que tenéis la dicha de pertenecer al clero romano, la exhortación a la fidelidad plena y ejemplar al sacerdocio católico. Pensad siempre en vuestra vocación: "Videte enim vocationem vestram, fratres" (I Cor. 1, 26). y recordad que la irradiación de vuestro ejemplo adquiere, precisamente porque sois romanos, una amplitud universal y se prolonga, no solamente a toda la Iglesia, sino incluso allende sus fronteras concretas, a los hermanos cristianos separados de nosotros, al mundo entero que mira a esta ciudad y suele juzgar de la religión católica por el modo como vosotros la vivís y presentáis.

¡Tendríamos tantas otras cosas que deciros!, pero el tiempo apremia. La visita pastoral, los grandes problemas relativos a la obra de las nuevas iglesias, la comprensión del Concilio y de las nuevas instituciones que implanta, el acercamiento y formación de la juventud, las vocaciones eclesiásticas, la realización de la reforma litúrgica, la vigilancia sobre la prensa que se difunde entre el pueblo, la de las ideas no ortodoxas y exhibiciones licenciosas para rechazarla; la buena prensa, nuestra prensa católica especialmente, para difundirla, los pobres que todavía circundan en la periferia de la ciudad los barrios modernos, para amarlos, visitarlos, ayudarles... ¡Cuántos asuntos! Pero vosotros lo conocéis y siempre oís cómo hay que abordarlos en las instrucciones que se os dispensan. Pues bien, recibid esas instrucciones como si Nos mismo las diésemos y en toda vuestra actividad pastoral os conforte nuestra bendición apostólica.

XVIII

EN LOS OFICIOS DEL MIERCOLES DE CENIZA

(28 de febrero)

El desarrollo de la ceremonia suele terminar con un pensamiento, una consideración. Inauguramos esta tarde un período de penitencia y todo hace recordar que cuantos se han reunido aquí tienen el deseo de hacer el bien y

seriamente, penetrando realmente en el espíritu de estos ritos del sagrado tiempo cuaresmal, recoger las grandes enseñanzas que la Iglesia nos da y participar, en cuanto es posible, en los misterios evocados y presentados de nuevo a los fieles.

Grave responsabilidad

De nuevo, como el año pasado, se nos presenta el tema fundamental: la penitencia. Esta es necesaria. Nos lo ha dicho Nuestro Señor: "Si poenitentiam non egeritis, omnes simul peribitis", si no hacéis penitencia, todos pereceréis. Palabras categóricas, exigentes, de singular gravedad.

El Señor Jesús nos pide la penitencia; la invitación la reitera la Iglesia. Recientemente ella ha renovado la disciplina sobre la materia y, aunque amortiguando algunas disposiciones, se ha preocupado por dejar intacto el espíritu y hacer valer la necesidad de obras de penitencia. Esto es indispensable; es ley de la vida cristiana.

Será preciso, por consiguiente, adaptar nuestro espíritu a semejante disciplina, pero no podremos menos que confesar que esa ley y norma no nos encuentra bien dispuestos y simpatizantes, ya sea porque la penitencia es por naturaleza molesta, porque constituye un castigo, algo que nos hace inclinar la cabeza, nuestro ánimo y aflige nuestras fuerzas; sea porque —en tanto que algunos carecen de fuerzas físicas, y con ellos la Iglesia, es muy comprensiva— falta en general la persuasión, la misma lógica. Más aún, en nosotros se suceden los interrogantes: ¿Por qué debemos hacer penitencia? ¿Por qué razón hemos de entristecer nuestra vida cuando ya está llena de desventuras y dificultades? ¿Por qué, pues, hemos de imponernos algún sufrimiento voluntario añadiéndolo a los muchos ya existentes?

Antes bien, si observamos realmente la ondulación del espíritu moderno notaremos la búsqueda del bienestar, de las comodidades; el afán de eliminar todo inconveniente, toda dolencia, todo obstáculo. Están como dominados por el afán de una prosperidad que termina por introducirse incluso en nuestra vida espiritual y religiosa. Acaso inconscientemente se vive como sumergido en un naturalismo, en una simpatía con la vida material que hacer penitencia resulta incomprensible, además de molesto.

Todo esto nos incita a un breve análisis, a preguntarnos, en efecto, cuál es el fundamento de la gran exigencia que nos ha recordado la Iglesia, en una palabra, qué es la penitencia.

Sentido del pecado

Los religiosos dominicos pensaron al punto en la frase sintética de su gran santo Tomás: "Dolor voluntatis", un dolor de la voluntad. Para hacer penitencia hay que entrar en esta forma de vida espiritual, de un dolor de la voluntad y, por tanto, libre y aceptado como impuesto por quien realiza el acto de penitencia.

Esto supone un mal que lamentar y apartar expiando y reparando. ¿Cómo se llama este acto reflejo de nuestra psicología que descubre esa dolorosa necesidad? Se llama el sentido del pecado. Es la advertencia de la propia conciencia intranquila; la ansiedad de remediar algo que produce un profundo desasosiego en el alma. Pues bien, este sentido del pecado apenas si se da, incluso en muchas conciencias cristianas. Se ha embotado en ellas la sensibilidad y se han resignado a aceptar como por costumbre lo que en otra época era intolerable: la conciencia del pecado, la tristeza; es necesario eliminarlo solícitamente.

Ahora debe ser distinto. El Papa Pío XII, de venerada memoria, en el mensaje al Congreso Catequístico de los Estados Unidos de América, el 26 de octubre de 1946, escribió una frase que se hizo célebre: "El peor pecado de la edad moderna es haber perdido la conciencia del pecado". Pues se ignora la importancia y la gravedad de tan deletéreo mal; no impresiona, cuando precisamente se oye decir, en torno a nosotros, que puede haber moral sin pecado.

Más aún, este es el título de un libro; "Moralidad sin pecado", que ha dado mucho que hablar en estos últimos años. Y hay cosas peores. Se llega incluso a expresiones atroces, según las cuales el pecado es justificado como acto de fuerza y veneración de cualquier título o prescripción. Es necesario —se dice— desembarazarse de los escrúpulos y temores y liberarse. En una palabra, el pesar, que en otro tiempo seguía a la falta que el pecado supone, hoy es rechazado.

Pero nosotros, dóciles a la enseñanza de la Iglesia, nos preguntaremos una vez más lo que el pecado significa y supone, lo que produce en nuestra alma para hacerla sufrir y moverla a la penitencia.

El pecado es una noción puramente cristiana. Quien ha aceptado el cristianismo, la revelación de Dios, posee la conciencia exacta del pecado. Otros pueden tener ideas aproximadas, pero siempre vagas e inciertas; para nosotros todo está precisado. El pecado implica dos elementos verdaderamente religiosos; el primero la relación entre nosotros y Dios, y no solamente el Dios de la ley, el Dios poderoso y exigente, el Dios de la justicia, que da a los actos humanos una sanción inexorable e infalible, sino el Dios del amor, el Dios de la bondad; el Dios que para borrar nuestros pecados vino entre nosotros y tomó sobre sí el peso de nuestras culpas y las expió con su muerte. Toda la Cuaresma está orientada hacia la Cruz: hace poco hemos recibido la bendición con el "Lignun crucis". Esto indica precisamente la actitud benigna de Dios para con nuestros pecados. No los puede ignorar; no sería Dios si fuera indiferente, ajeno. Pero, repetimos, es el Dios de la bondad, del amor infinito hasta inmolarse en el patíbulo de la Cruz para borrar nuestros pecados. Por tanto, es preciso renovar en nuestras almas el sentido del pecado, es decir, la conciencia sensible de esta relación nuestra con Dios.

La otra noción que el pecado supone es de grandeza extraordinaria. Habla del drama de la culpa humana, por entrar en juego la libertad. El pecado es un abuso de nuestra libertad responsable. Un desafío a Dios; la trasgresión de su ley, la indiferencia a su amor, por consiguiente, la entronización del mal en nosotros mismos. Nuestro verdadero mal es el pecado que cometemos.

Repudiar el mal es una necesidad absoluta

Pues bien, toda la gran lección de la teología, de la moral, de la psicología, etc., debería repetirse de alguna forma durante la Cuaresma. Estamos obligados a revigorizar en nosotros este sentido de la verdadera conciencia

cristiana, que nos acusa de culpabilidad y no nos deja tranquilos hasta encontrar remedio a nuestra debilidad.

Ves cómo la penitencia resulta no solo un remedio, sino una necesidad. Tenemos que hacer penitencia para denunciar a nosotros mismos, al cielo, a la tierra, que somos gente miserable. Tenemos la obligación de pedir piedad y de mostrar con algún acto que repudiamos el mal realizado y el mal que somos capaces de hacer.

De esta suerte volvemos al orden de la penitencia. Mucho habría que decir todavía a este propósito. Hacemos solamente una refeerncia como conclusión.

Vemos a nuestro derredor numerosos sacerdotes, ministros del sacramento de la penitencia. Queremos exhortarles a tomar muy en serio este ministerio, intentando devolver a este acto la sencillez, la gravedad, así como la profundidad que exige; el excelso poder que Cristo otorgó a los sacerdotes de perdonar los pecados ajenos: "Los pecados que perdonéis serán perdonados y los que retuviéreis serán retenidos"; este poder del sacramento no solo en el ámbito humano sino también en el ámbito celestital, nos debería hacer ministros temerosos y muy preocupados de distribuírlo bien, conscientes de la magnífica economía que supone el sacramento de la penitencia.

El día de la salvación

Ya que hemos recordado su alto deber a los ministros, hacemos una invitación fraternal a los penitentes, esto es, a todos nosotros que usamos esta fuente de bondad y misericordia del Señor. Procuremos en esta Cuaresma acercarnos a la confesión con una conciencia buena y nueva; examinar la forma en que la hacemos: no para hacer una escrupulosa o sutil acusación y un análisis psicológico de nuestras culpas, sino para comprender la grandeza del hombre que se arrodilla ante Dios, reconoce el drama de su salvación comprometida por el pecado y se siente rehabilitado por la clemencia del Señor que se le ofrece en el sacramento de la penitencia. Usemos este don con comprensión y compunción. De esta suerte, la misericordia de Dios que invocamos y que pasa como brisa benéfica sobre nuestra vida y unestras cosas será, también este año, propicia para todos nuestros males; y hará surgir en nosotros el gozo de haber celebrado dignamente, con los mejores propósitos y las más generosas intenciones, el período de la Santa Cuaresma.

Que así sea

ACTOS DE LAS CONGREGACIONES ROMANAS

SECRETARIA DE ESTADO DE SU SANTIDAD

CARTA DEL CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO AL CARDENAL PREFECTO DE LA SAGRADA CONGREGACION DE SEMINARIOS CON OCASION DEL CONGRESO DE DIRECTORES DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS

Eminentísimo y reverendísimo señor:

Con gran satisfacción ha sabido el Santo Padre que en Roma, bajo la alta dirección de esa Sagrada Congregación, había dado comienzo el II Congreso de Directores Nacionales para el fomento de vocaciones eclesiásticas, y que se iba desarrollando felizmente.

Tal y como sucedió en el año pasado, cuando tuvo lugar vuestro primer Congreso, también ahora el Sumo Pontífice, si no se lo impidiera el estado de su salud, os recibiría de nuevo con mucho gusto y os dirigiría su palabra para daros las gracias y felicitaros con ocasión de tan saludable iniciativa, sobre todo porque prevé que de ella han de derivarse copiosos frutos. Además, es evidente el interés y la importancia que en todas partes despiertan vuestras reuniones, como lo demuestra el hecho de que participan en ella algunos eclesiásticos que no pertenecen al continente europeo.

El Santo Padre se complace en expresaros sus sentimientos de aprobación y de felicitación porque los temas sobre los que vais a dialogar le parecen sabiamente escogidos. No se propone el Sumo Pontífice en esta carta estudiar profundamente y enjuiciar todos los problemas sometidos al estudio de vuestras reuniones, que son, ciertamente, arduos y complejos. Sin embargo, volviendo sobre el tema comenzado en el dicurso del año anterior, en el que expuso cómo podrían los jóvenes más fácilmente oír la voz de Dios que les llama: también ahora quiere aclarar todavía más algunos puntos que se refieren al modo cómo debe proponerse a los mismos adolescentes el sacerdocio de Cristo. Precisamente por no tenerse suficientemente en cuenta estas consideraciones, sucede que en muchas regiones de Europa —principalmente en las más desarrolladas cultura, técnica y económicamente— escasean las vocaciones eclesiásticas.

En la actualidad se habla mucho de la libertad, del desarrollo de la persona humana, del espíritu comunitario, del diálogo. Hay que reconocer que se trata de valores de grandísima importancia, que impresionan profundamente la mentalidad de los hombres de hoy y a los que los jóvenes conceden gran importancia. Por esto, quien al proponer el sacerdocio a los jóvenes no tiene en cuenta estos valores, sin duda comete un error, tanto mayor cuanto que el Concilio Ecuménico Vaticano II ya ha tratado sobre estos mismos valores. Y no es menor el error de quien, para acentuar la importancia de